

Vida de palabras

Rodrigo *Silva*

 Universidad  
del Tolima  
COMUNICACIÓN SOCIAL - PERIODISMO

FUNDACIÓN  
 A3RA  
PALABRA



Rodrigo  
*Silva*

VidadePalabras - Rodrigo Silva

Número 2 - Año 2014

© Universidad del Tolima

© Fundación Abrapalabra

ISSN: 2590-7603

Diseño e impresión: Colors Editores

Ibagué - Colombia



 **Universidad  
del Tolima**  
COMUNICACIÓN SOCIAL - PERIODISMO

FUNDACIÓN  
**ABRAPALABRA**

# Contenido

Presentación .....	7
<i>Rafael Gonzáles - Ricardo Cadavid</i>	
Bajando arepa con aguardiente .....	13
<i>Karol Díaz</i>	
El sueño del aventurero .....	23
<i>María Alejandra Caviedes Polanía</i>	
El cantar de un poeta .....	31
<i>Yohana Castillo Martínez</i>	
Rodrigo Silva el inmortal .....	39
<i>Carlos Orlando Pardo</i>	
El Barcino de la suerte .....	49
<i>Ricardo Cadavid</i>	
Pásame un aguardiente .....	71
<i>Carlos Cazares</i>	
Le trabajo a un famoso .....	81
<i>Dúver Sánchez</i>	
Una fiesta para Rodrigo .....	87
<i>Carlos Pardo Viña</i>	



# Presentación

*“No hay país sin pasado y sin esperanza de porvenir.  
Su memoria colectiva es el mayor tesoro social posible.  
Sólo conociendo el pasado se puede preparar el futuro».*

*Alberto Zalamea\**

Vida de palabras en un premio, un homenaje y un reconocimiento a las figuras de la vida artística y cultural de nuestro país, que han marcado positivamente a generaciones de colombianos, especialmente a partir de la palabra hablada, de la oralidad, esa presencia de la voz, que con su autoridad, es capaz de construir, destruir y refundar una Nación.

Teóricos de la comunicación y de la lingüística hacen monumentales distinciones entre la palabra hablada y la palabra escrita, entre la oralidad y la escritura, remitiendo la primera, y no de manera muy precisa, a un conjunto de manifestaciones y tradiciones de los pueblos ágrafos, y dando a la

segunda visos de formalidad, propia de las urbes y de la literatura. Cuando afirmamos que ello no es exacta, es porque la palabra hablada esta revestida de una autoridad tal, que cuando un juez pronuncia un veredicto en voz alta y clara en una sala de audiencias, sella para siempre el destino de un hombre en un acto que dista mucho de ser informal; cuando jóvenes y viejos tararean una canción y canturrean un coro, esta palabra hablada, esta nueva tradición oral sobrevive en las calles hechizando, embrujando a una civilización, de la misma manera que la voz de una sirena hecha canto, embrujaba a los marinos en el mediterráneo.

---

\* En: *“Antología del pensamiento colombiano en el siglo XX: la apertura a la modernidad”, volumen 2, editado por el Banco de Colombia (1991).*

En su primera edición, el premio Vida de palabras fue otorgado a Rómulo Augusto Mora Sáenz, el “Indio Rómulo”, y fue el reconocimiento a una vida de poesía popular, al canto campesino emocional, desnudo, sin los retruécanos de las figuras retóricas del lenguaje; agudo, mordaz en tanto simple y lleno de un sentido común que hace difícil apagar las verdades de la tierra. El día del homenaje, por el Teatro Tolima entre el público desfilaron actores, docentes, locutores, cuenteros y narradores quienes, conmovidos, afirmaron haber ingresado al terreno de las artes o de la comunicación por un poema del “Indio Rómulo”.

En su segunda edición, ‘Vida de Palabras’ hace un homenaje a Rodrigo Silva Ramos, primera voz del dueto Silva y Villalba, e igualmente esperamos que el Teatro Tolima<sup>1</sup> se llene de ibaguereños, tolimenses y colombianos que darán testimonio de que una noche, sus progenitores se enamoraron animados con las canciones de

---

<sup>1</sup> El premio Vida de Palabras es un reconocimiento que incluye una investigación sobre la vida y obra de un autor, una entrevista con dicho autor a partir de la cual se realiza un trabajo editorial y se produce un vídeo y, finalmente, un homenaje en el Teatro Tolima con diversas actividades culturales y la presentación del mencionado autor.

Silva y Villalba, que en reuniones crepusculares bajo una copa de aguardiente y con un grupo de amigos todos entonaron un coro compuesto por el maestro Rodrigo Silva y, no faltarán quienes recordarán con nostalgia esas mañanas en que la abuela, desde la cocina, amasaba las arepas para el desayuno, freía los huevos, batía un chocolate, mientras susurraba una bambuco de los viejos, de esos que llegan al alma, y todos recordaremos con la memoria implacable de los tiempos que se alejan, esos “cantos que a mí me arrullaron cuando apenas decía mama”.

De la misma curiosa manera en que el teatro es una obra literaria que no fue escrita para ser leída sino para ser representada, nuestros bambucos, guabinas, pasillos y sanjuaneros, son poesía pura y viva que no fue escrita para ser declamada, sino para ser cantada. Es toda una tradición oral que se mantiene vital a través del canto, de la presencia enérgica de la voz y, lastimosamente hemos de decirlo, sin mucha ayuda de los medios de comunicación. ¿Cómo no hacer desde el programa de Comunicación Social- Periodismo de la Universidad del Tolima y desde la Fundación Cultural Abrapalabra, un homenaje a la palabra

acional de  
épretes de  
anción.  
negación



viva, que todavía conmueve, que nos hace vibrar, a la palabra hecha canción en la voz y en las composiciones del maestro Rodrigo Silva Ramos?

Esta publicación que hace parte del premio Vida de palabras, no busca sumarse a las decenas de homenajes que ha recibido Rodrigo Silva Ramos, pretende más bien, con estos textos, hacer un aporte desde la academia, con la perspectiva de jóvenes talentosos quienes, desde su mirada fresca y ágil, nos contarán en las páginas siguientes lo que descubrieron acerca del legado y de la obra del maestro Silva. Es un texto que esperamos se vuelva un referente de consulta para los miles de jóvenes de las instituciones educativas de Ibagué y del Tolima, porque es un libro que obsequiamos por todo el departamento y que fue hecho para ser reproducido, copiado, compartido, plagiado, citado, pirateado, calcado, parodiado y, ojalá, imitado por quien lo desee, precisamente como cualquiera de nuestras canciones populares que va de boca en boca sin reivindicar derechos de propiedad alguna, más allá del derecho moral que asiste a quien la compuso, pero que al ser cantada debajo de un balcón, en esas viejas serenatas que

están desapareciendo, ya no le pertenece a quién la creó, sino al que la canta, al enamorado que la hace suya para que la amada sea hechizada por su canto, por comunicar un secreto milenario.

Para la producción de la presente edición participaron tres estudiantes y dos egresados del programa de Comunicación Social–Periodismo de la Universidad del Tolima, así como los escritores invitados en este número: Carlos Orlando Pardo y Carlos Pardo Viña, y Ricardo Cadavid, director de la Fundación Abrapalabra quienes, a manera de crónica, semblanza, entrevista y reportaje, han querido retratar algunos pasajes de la historia de Rodrigo Silva como una manera de aportar a la construcción de la cultura nacional, porque “(...) *la cultura se hace. Cultura no es, apenas, aquello que recibimos como legado. La cultura no es un resultado genético; la producen los pueblos. Se genera gracias a los impulsos que dota un repertorio de convicciones, creencias, pareceres, consecuencia de la transmisión comunicativa*”<sup>2</sup>. Como programa académico y como fundación cultural, tenemos la firme convicción

---

<sup>2</sup>. Antonio Montaña “Los medios y la cultura”, En: “Periodismo Cultura y Cultura del periodismo” de Antonio Pasquali, 1993 - SECAB

de que es nuestra responsabilidad contribuir de manera activa a transmitir una parte, que sabemos relevante, de nuestra cultura.

Si para la fundación Abrapalabra, lo cultural es un tema medular a su objeto social, qué decir para el Programa de Comunicación Social – Periodismo, que se encuentra en proceso de acreditación de alta calidad y en la actualización de su plan de estudios, y donde consideramos que proyectos como “Vida de Palabras” permiten acercar más a los estudiantes y egresados a un escenario que busca rescatar la cultura y la identidad, para alcanzar, lo que se ha denominado en el proceso de reforma curricular, una “formación de comunicadores para lo común”, que es básicamente pensar en una comunicación que propenda por la consolidación de lo colectivo y lo solidario, lo que implica, entre otras cosas, el redimensionamiento de la política [*como asunto cotidiano, familiar y personal*], de lo público [*como lo compartido, lo común*], y consecuentemente, la profundización de la democracia [*como posibilidad de participación real en los asuntos comunes*], aspectos de vital importancia para Colombia, que está

necesitada “*de un relato que se haga cargo de la memoria común desde la cual construir un imaginario de futuro que movilice todas las energías de construcción de este país, hoy dedicadas en un tanto por ciento gigantesco a destruirlo*”.<sup>3</sup>

**Rafael González Pardo**

*Director de Programa  
Comunicación Social – Periodismo  
Universidad del Tolima*

**Ricardo Cadavid**

*Director Fundación Abrapalabra.*

---

<sup>3</sup> Jesús Martín Barbero, “Poner este país a comunicar: de la ausencia de mito fundador a la construcción de un relato nacional”. Discurso pronunciado en el 2005, durante la ceremonia en que se otorgó a su autor el doctorado Honoris Causa por la Universidad Javeriana.



# Bajando arepa con aguardiente

*Por: Karol Díaz*

Resulta todo un reto escribir sobre alguien del que hay numerosas entrevistas, semblanzas, crónicas, diversas producciones periodísticas, que responden a célebres acontecimientos de su vida, sin contar con que él mismo, Rodrigo Silva, escribió una autobiografía que ofrece una mirada de su vida y obra.

Con el mismo carácter que el protagonista de estas líneas referenció la letra de sus composiciones musicales, la índole de lo que presento *“viene de parte aseada, del amor no de la boca”*.

Mucho más amable y sencillo de lo que imaginé, se encontraba tras el portón de su casa el padre de tantos tributos melodiosos al esplendor de

ésta tierra, asegurándose de que su canina, la simpática y rechoncha *Starsky*, no se escapara. Casi de inmediato coincidimos en complicidad, rompimos el fragor del silencio y sellamos el momento con una sonrisa. No imaginé entonces el mundo que tenía frente a mí hasta más tarde cuando al calor de la entrevista, los relatos y el marrón de sus ojos, me dieron a entender que el hombre que sostuvo mi mirada y tuvo mi mano entre la suya es tan grande, que no cabrá nunca en estas páginas ni en otras que se hayan escrito o se escriban para la posteridad.

Una tarde de sábado corriente en la Ciudad Musical de Colombia, la visita periodística tocó a las puertas del hogar del Maestro Rodrigo Silva Ramos, quien amablemente recibió al grupo y lo invitó a adueñarse por completo de su sala. Mientras los equipos de video y luces fueron

---

<sup>1</sup>. *Estudiante de quinto semestre de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima.*

instalados y se acondicionó por completo el lugar para la filmación de la entrevista -que resultaría semejante a una visita de viejos amigos- se aprovechó para entregar al Maestro un humilde obsequio como agradecimiento por abrirnos las puertas de su hogar y de su vida. Recibió, agradeció y sin pensarlo dos veces lo compartió con algunos de los presentes; fue el primer trago de la velada. Brindamos y no pasó mucho tiempo para que éste personaje diera rienda suelta a palabras jubilosas y picarescas con las que retrató anécdotas de su trayectoria musical y detalles de su vida personal, algunas descritas más adelante en este artículo y otras reservadas a la memoria de quien escribe.

Una vez dispuesta la escenografía y los ánimos se da inicio a la entrevista, la conversación amenizada por canciones bohemias acompañadas por el sonido de las guitarras. Tras cada campanazo del reloj, absorta por las mágicas historias del maestro Silva entiendo porque cierta vez, en la sala de música Pedro J. Ramos de la Universidad del Tolima, escuché la frase: *“el maestro Rodrigo Silva es el único músico al que le perdonaría todo”*, en medio de una conversación que sostenía con el Maestro César Augusto Zambrano, igualmente

gloria y motivo de orgullo para esta tierra. Cómo no perdonarle todo, si al igual que las letras de sus composiciones armoniosas, sus palabras entran por los oídos para quedarse en el corazón.

La figura del maestro Silva, esa figura alegre que tenía delante de mí, introdujo algunas innovaciones en el formato clásico del bambuco colombiano al incorporar el bajo eléctrico, según él, para darle fuerza, y rasgar de una manera distinta el tiple para darle gusto y agregar más cuerpo y sonoridad al folclor del interior de Colombia.

El repertorio de las composiciones del maestro Rodrigo Silva, y de las interpretaciones del dueto Silva y Villalba, incluye, además de odas a la belleza del paisaje colombiano y embrollos amorosos, las memorias de ésta tierra, cada una concebida delicadamente en el encanto de la poesía popular y de las cuerdas.

De la misma forma en que los juglares vallenatos retrataron el acontecer de los pueblos caribeños, la música del interior fue testigo del contexto cotidiano de un pueblo bañado en sangre,



del campesino que vivió en carne propia el desplazamiento y la violencia, (como en la canción *Viejo Tolima*), o de aquellos que vieron su amor reducido a cenizas (como en el caso de *Llamaradas*), o canta la historia de los pueblos arrasados por desastres naturales (como en *Reclamo a Dios*), o una simple anécdota de cómo cantan y lloran los guadales. La historia de La Violencia colombiana y lo que tuvo que soportar el campesino, se describe por ejemplo en la canción *Viejo Tolima*:

*“Que triste quedó mi rancho y abandonado  
porque tuve con mi negra que irme de allí,  
quedó mi trapiche solo todo acabado,  
ya no es la misma tierra que conocí.  
Me quitaron el rancho con las vaquitas,  
que aunque eran tan poquitas eran de mí...”*

*Viejo Tolima* fue una de las primeras canciones compuestas por Silva. Cuenta que la tituló así por una experiencia vivida mientras pasaba vacaciones en una finca de tierra próspera que pertenecía a su tío: Era más bien una hacienda grande y quedaba lejos de la ciudad, más o menos a trece horas a caballo. Se ubicaba entre los departamentos de Tolima y Huila, antiguo Tolima Grande. La



hacienda llegó a manos de “la chusma”, “los chusmeros”, conocidos hoy popularmente como guerrilla. El maestro lo cuenta así:

*“En ese entonces si se cogían 200 cargas de café, 150 eran para ellos. A mí me tocó varias veces salirme de mi cama; no se me olvida nunca una noche que estábamos todos dormidos cuando sentimos el arrume de caballos y gente, nos levantamos y eran los muchachos, sin exagerar, algunos venían untados de sangre, venían de cometer alguna atrocidad. Uno de ellos, seguramente el jefe, saludó al tío Salomón y le dijo que venían con hambre. Cuando mi tío le dijo con el temor del caso que ya le mandaba a matar una novillita ¡oh, sorpresa!, el jefe le respondió que ya “los muchachos” se estaban encargando de eso y lo que necesitaban eran camas para pasar la noche. Esa noche me tocó cederles mi cama y no tuve de otra que irme a dormir con mi primo en una hamaca. Así nació Viejo Tolima”.*

La noche cayó con luces y lentes enfocados en el protagonista de este artículo, quien entonó

un par de notas en honor al lunar de varias de las jóvenes presentes y prosiguió evocando las historias de sus canciones al son del aguardiente y del humo de los cigarrillos, que complaciente le ofrecía su amigo Fernando Falla. Entre tanto llegó a nuestros oídos otra anécdota, esta vez una más fuerte y triste, una que conmovió a Colombia y al mundo, el motivo por el cual escribió *Reclamo a Dios*; la furia del Nevado del Ruiz arremetiendo contra la armonía del blanco algodón de un pueblo...

*“Aquel Armero del pasado ya no existe,  
nieves eternas se llevaron su recuerdo,  
ya no existe el camino, tan solo se oye el eco,  
el bastón y los pasos del abuelo...”*

Acompañado por la guitarra entonó la letra para relatar que así comenzaba la canción en un principio, cuando supo lo que había pasado, pero ni el dolor ni la nostalgia se habían filtrado por sus pupilas para llegar al centro su sensibilidad poética, hasta el día en que decidió ir hasta Armero, o lo que de éste quedara, y ver con sus propios ojos lo que quedaba de esa pujante tierra donde

había dado conciertos tantas veces: El panorama fue desconsolador.

Suficiente fue el gesto de su rostro para transportarme a aquel lugar. La crudeza del recuerdo flotaba imaginariamente en cada detalle y, casi treinta años después, me encontré parada a su lado, igual de impresionada que él, contemplando, entre tanta desgracia, el cráneo de una niña de cabellera larga sin más compañía que un coche de juguete. Esa imagen no solo quedó grabada en su mente, también se plasmó en la mía.

Para esa época, uno de sus cinco retoños, María Alejandra, era todavía una niña, lo que probablemente agudizó su aflicción, su perspectiva cambió y, a la par, la intención del tema. Decidió convertir en coro lo que inicialmente pensó como introducción y dejar que la inspiradora musa diera a luz una

nueva entrada...

*“Vengo de recorrer el sufrimiento,  
vengo de sentir el dolor,  
vengo de compartir triste lamento,  
vengo desde muy lejos  
y vengo a hablar con Dios”*

El maestro fantasea imaginando que éstas son las palabras pronunciadas por la primera persona que muere la noche de la tragedia y llega al cielo queriendo hablar con Dios, y le pregunta dónde estaba cuando el sufrimiento y el dolor se llevaron su pueblo. El título de ésta canción le trajo problemas con la curia, así que en una reunión en la que se encontraban presentes el gobernador, el obispo y otros personajes, Silva aprovechó para aclarar que no se creía con derecho de reclamar a Dios, que la intención del reclamo era igual a la que Jesús hizo a su Padre cuando murió crucificado. *“Esa es la mejor*





*respuesta*”, le dijo el obispo tras un sentido abrazo.

Sin perder oportunidad para tomarnos del pelo y vacilar con cada pregunta o comentario, la entrevista prosiguió hasta la llegada de una visita, no por inesperada, desagradable: cuatro hombres ricos en discurso con los efectos de unos tragos se unen a la velada cada vez más y más amena. Silva dijo “*Si no fuera músico hubiera sido escritor, poeta...*” entonces sería como uno de sus amigos visitantes; los escritores Carlos Orlando Pardo, del Tolima, Benhur Sánchez del Huila y Evelio José Rosero Diago de Bogotá.

Entre historias y cigarros se esfumó la noche, las preguntas se volvieron coros y la bandeja con pasabocas empezó a ser asaltada cada vez con menos disimulo. Menos charla y más canción; las cuerdas de las

guitarras abrieron una puerta por la que entraron los fantasmas de Garzón y Collazos, Pedro J. Ramos, Luis A. Calvo, José A. Morales y, por supuesto, Jorge Villamil. “*¿Otro aguardiente? Bueno, gracias.*”

Hablando de la belleza original de la música tradicional colombiana llegamos al punto del descontento: “*¿Lo que está bien hecho para qué reformarse?*”. Rodrigo Silva no disimula en lo más mínimo su inconformismo con la forma en la que la nueva generación o la nueva modalidad -como dirían las viejas audiencias- modifican el estilo y la interpretación autóctona de los bambucos y del folclor del interior, según él, exagerándolas y descomponiéndolas al tratar de incluirles disonancias, arpeggios extraños, o arreglos que, más bien, las desarreglan. Tanto es su desagrado que en una nueva revelación de su buen sentido del

humor, representó exageradamente la situación para que los presentes comprendiéramos claramente a lo que se refería. Paseaba entre acordes sus dedos por todos los trastes de la guitarra y el armónico bambuco comenzó a chillar... no era una fiesta, no era un lamento, todos reímos: era una ensalada disonante sin sentido. Una vez el maestro le dijo a uno de estos músicos vanguardistas: “Esta bien que la sucesión de tonos sea casi infinita, pero no le quiera meter todos los tonos a una misma canción que se la tira”.

De sus ocho matrimonios el más largo es el que desde 1967, en la heladería El Dorado del Espinal, contrajo con Álvaro Villalba Castro, matrimonio laboral del que han resultado 40 hijos representados en igual número de discos, muchos éxitos, glorias musicales como el *Premio Mariscales de la Hispanidad*, la historia del concurso *Orquídea de Plata Philips*, apariciones en la pantalla chica, giras al exterior, aventuras en un sin número de serenatas, entre otras cosas, que hicieron de éste dueto, Silva y Villalba, orgullo patrio. Hoy por hoy no comparten escenario por cuestiones de salud tanto de uno como del otro.

Se apagaron las luces, se descargaron cámaras y grabadoras, los lápices cayeron. Tan solo se respiraba a través de las cuerdas y de las palabras. Segundo a segundo, acorde tras acorde, cada uno de los presentes nos convertimos en “*goteros de inmortalidad*”, expresión con la que el escritor Carlos Orlando Pardo bautizó a todos los que, ése sábado 29 de marzo, nos encontramos sumergidos en los relatos y canciones de Silva, gloria viva del Tolima, quien nos salpicaba con sus chistes y bajaba pasabocas de arepa, queso y salchicha con el aguardiente.

Las cuerdas cesaron de vibrar y Silva lanzó al viento; “¡*Nosotros los hombres somos unos zánganos!*”. Entre risas y afirmaciones de voces masculinas, declaró que el papel protagónico en la película de la humanidad pertenece a las mujeres porque, aunque sostuvo con gracia, “*Le tengo miedo a las mujeres cuando se ponen bravas...son el diablo, las que nos hacen pecar terriblemente y llorar pero no de tristeza*”, son ellas, sin lugar a dudas, la adoración del aventurero.

Cada cuestión, resuelta o no, dio razón de un rasgo

irrefutable de su personalidad: ¡mamagallista! Si el maestro nos cogió de parche cómo resistirse a preguntar para regocijarse en sus respuestas.

¿Maestro, por qué le dicen el aventurero?

- *Unos porque cantaba mucho música ranchera, me gustaba mucho cantarla, luego por tantas novias como la canción dice; me gustan; las altas y las chaparritas, las gordas, las flacas y las chiquititas...*

¿Y todavía es así, cuántas cayeron en su red?

- *Sí, todavía. Ahora más. –Afirma risueño-. Pues yo creo que ninguna cayó en la red, o si no las tendría a todas.*

¿Maestro, sus conquistas llevan música?

- *Sí, cómo todo lo que he hecho en mi vida, porque la música llega a cualquier persona, a cualquier corazón fácilmente.*

¿Y su primera conquista?

- *Empezando por los amores platónicos... cuando estaba sardino vivía enamorado de una niña, a eso*

*de los 16 años yo vivía enamorado de una señora casada, muy pero muy bonita, me fascinaba... Luego me fui a trabajar a San Andrés y allá me enamoré también de una señora casada y casi me toca venirme, pero nadando... Por ahí le hice su canción, su amor marino.*

La campana del reloj avisó que la noche se iba escapando mientras el coro de las voces embriagadas acompañaba el paisaje con una enorme armónica, la más grande que he visto, y que era interpretada por el maestro Silva. Supe que tocaba más de catorce instrumentos. A esa altura ya estábamos cantando tangos en ruso y en francés: mamando gallo como siempre. Los colores danzaban en el espacio cuando retornaban los bambucos y las guabinas. Unas canciones más y llegó la hora de partir, beso por allí y beso por allá. Me despedí satisfecha, más que complacida, agradecida. Ahora lo admiro más. Chao Starsky.

Al igual que las letras de su música, lo que aquí concluye, este pequeño artículo, “*viene de parte aseada, del amor no de la boca*”, del amor por el tiple de mi abuelo, la bandola de mi taita y las voces de mis tíos.



## El sueño del aventurero

*Por: María Alejandra Caviedes Polanía<sup>1</sup>*

Acunado por el colosal río Grande de la Magdalena, aquel 14 de noviembre de 1944, nació en Neiva un niño querido y entusiasta que, sin saber cuál sería su futuro, se convertiría en todo un “aventurero”: un hombre con legado inmortal y uno de los máximos exponentes de la música tradicional colombiana.

Hijo de padres del Tolima Grande, hermano menor de cinco mujeres y cinco hombres, todos amantes del arte y, en especial, de la música, este pequeño creció entre hermosos paisajes en Manila, la hacienda de sus tíos Miguel y Pilar, en el municipio de Garzón, Huila. Desde los cuatro años y ante sus sueños de ser cantante y músico,

su tío le regala una guitarra para que aprendiese a tocar las canciones de Pedro Infante; desde entonces se enamoró de los aires musicales.

Creció sin la figura de su padre, a quien no conoció, Don Luis Silva Gamboa, quien falleció cuando el pequeño Rodrigo Silva tenía tan sólo un año y dos meses de vida. Esta ausencia, y la lectura de las amorosas cartas que Don Luis le escribía a su esposa, doña Carmen Ramos, produjeron en Rodrigo Silva el deseo de plasmar la figura de ese padre que nunca tuvo en su melancólica canción “Ya se murió mi viejo”:

El maestro Rodrigo Silva continuó sus estudios fuera del Huila, internado desde los siete años. Cosechó grandes amistades que acrecentaron e impulsaron su vida musical, como el Rector del Colegio San Luis Gonzaga, en Facatativá,

---

<sup>1</sup>. *Estudiante de quinto semestre del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima*



en donde conformaron un grupo vallenato y llegaron a tocar en Radio Santa Fe; luego, durante el bachillerato, e instalado en Bogotá, se conoció con Henry Faccini – compañero del primer dúo “Silva y Faccini”– quien, como Silva, admiraba las composiciones de “Garzón y Collazos”, y durante varios años compartieron momentos de aprendizaje.

Unavez que terminó su época escolar, emprendió en El Espinal sus faenas de pequeño agricultor, como arrocero, en asocio con su cuñado Jaime Solano. Allí fue que conoció a quien sería su matrimonio laboral más largo y duradero: Álvaro Villalba, con quien conformaría el dueto perenne que, por más de 40 años, ha llenado de melodía los hogares y corazones de millones de colombianos: “Silva y Villalba”.

Unas fiestas de San Pedro en El Espinal fueron la oportunidad perfecta para que Silva se relacionara con Villalba, un estudiante de Veterinaria que tuvo que convertirse en hacendado a partir de la muerte inesperada y accidental de un tío suyo.

Durante los días de celebración fiesterera, en la heladería “El Dorado”, en 1.967, bebiendo aguardiente Tapa Roja, se forjó aquel vínculo que lleva casi medio siglo entre tertulia y canto. En todo ese tiempo su relación artística y comercial, solamente tuvo una breve interrupción de seis meses, pero todos sus amigos les conminaron a no separarse nunca más, reclamándoles: “Ustedes no se pertenecen, ustedes son uno solo y pertenecen al pueblo colombiano”.

Ascendieron como dignos representantes del municipio, luego del departamento, y luego del país, esa Colombia que recibió en todos los rincones las quinientas composiciones y cuarenta trabajos discográficos con cariño y evocación y un dulce sabor a tierra.

El paso de Silva y Villalba por diferentes escenarios de Estados Unidos, Europa y Suramérica, confirmó el éxito que ya habían alcanzado con ocho Discos de Oro y cuatro de Platino; además, Silva en el tiple y Villalba en la guitarra, arraigaron un estilo propio en el bambuco y los pasillos, simbolizando y re significando la importancia de nuestras raíces.

De esta manera compartieron escena muchas veces con personajes de talla internacional como “Garzón y Collazos” y “Los Visconti”, quienes, por cierto, fueron referencia en sus inicios; también recibieron condecoraciones de todas las índoles de la mano de importantes figuras de la sociedad, entre ellos, militares, presidentes y organizaciones culturales. Puede decirse que no hubo municipio de Colombia, ni programa de radio y televisión, ni un país de



América, donde no cantaran Silva y Villalba, o donde su música no fuera escuchada.

Mientras se engrandecía la historia del dueto, Rodrigo Silva seguía enamorado de la vida, apasionado por la bohemia, interesado en la cultura, y amante de la sensibilidad y pujanza femenina, de esas mujeres que lo hacen sonreír y llorar, y que acompañaron los paisajes y vivencias que fueron la inspiración de Viejo Tolima, el primer álbum musical del dueto, que vio la luz en 1970. Desde esa fecha hasta hoy han sido producidos más de 40 trabajos discográficos.

Silva ha tenido amor de sobra para todos: para sus amigos, para la música, para su familia; de hecho, ha disfrutado de varios matrimonios, relaciones de las cuales han nacido cinco hijos, “todos seguidores de la música y bien parecidos, como su papá”, anota Silva jocosamente.

Cuando habla de sus hijos – Rodrigo Eduardo, Daniel, Júnior, María Alejandra, María Carolina y Juan David - es inevitable que no se emocione. A cada uno de ellos les pertenece una parte de su corazón, al igual que el aprecio y cariño que tiene

por cada una de sus mamás, a quienes se refiere de manera cómica pero respetuosa cuando dice: “No sé cómo las aguanté... o mejor, cómo me aguantaron”.

Actualmente lleva más de veintiséis años con Carolina del Río, su amor querido. Ella lo ha seguido y acompañado en los más tristes y definitivos momentos de la extensa carrera, como el último con la aparición de un cáncer letal en el paladar y garganta que, supuestamente, acabaría con la voz que le cantó a varias generaciones; pero, pasada dicha prueba con varias cirugías, una de ellas que duró más de 23 horas, Rodrigo Silva es un testimonio de vida que demuestra el poder de convicción y seguridad de fe en Dios.

Como dice el escritor Carlos Orlando Pardo: “Este tipo es como el gato, tiene siete vidas... pero así muera un día, ya logró una cosa muy importante que es la inmortalidad”, esa que ha labrado durante casi 70 años sin pretensiones, con amor, disciplina, alcahuetería, ensoñación, carácter, prudencia, paciencia, compromiso y fidelidad, despertando entre las multitudes admiración, y el respeto por parte muchos amigos y seguidores.







Silva es un hombre que se siente orgulloso de lo que ha hecho y que se preocupa por el legado y futuro de la música colombiana. Le inquieta la indiferencia de las disqueras y principalmente de los medios de comunicación que se han empeñado en imponer modas y culturas que no son autóctonas. La música colombiana no debe morir, y debe de ser mucho más que una nostalgia de los tiempos idos. Se requiere de políticas culturales serias que inviten a las emisoras a tenerla en cuenta en su programación. Se requiere del orgullo y del amor de todos los colombianos para que no se mueran los bambucos, los pasillos, los sanjuaneros y las guabinas.

Este Señor, un Señor de Señores, merece el mayor de los reconocimientos. Reconocimiento a una vida musical llena de gloria, reconocimiento al ímpetu con que lucha para mantener vivos los aires de nuestra tierra, reconocimiento y amor infinito para esta gloria viva que con guitarra en mano exclama: “Pidan lo que quieran que yo toco lo que me de la gana”. Este hombre en la sala de su casa se viste de fiesta y confabula con el destino para evitar que callen los típles y las guitarras. Reconocimiento para este hombre, que es El Inmortal: Rodrigo Silva Ramos.



# El cantar de un poeta

*Por: Yohana Castillo Martínez<sup>1</sup>*

*“El 14 de noviembre de 1944 en la floreciente y bella ciudad de Neiva, un precioso muñeco fue dado a luz. Grande, gordo, mono y ojiazul, quien con el correr del tiempo y el sol del trópico adquirió un color más acanelado. Se tiene el imbécil presentimiento, y reza en los anales de la historia, que este precioso muñeco no fue traído por una cigüeña sino por un jirigüelo, porque los padres de dicho niño en aquella época atravesaban una situación tan difícil, que el día en que los vino a visitar la cigüeña, creyendo que era un pato, se la comieron”.*

*Rodrigo Silva*

---

<sup>1</sup> Egresada del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima.

La lluvia, la oscuridad apenas disuelta en el resplandor de una vela, la soledad y la humareda de un cigarrillo, son las compañeras de inspiración para un hombre que, con su voz e ingenio, ha entregado a la música colombiana inolvidables composiciones durante más de cuatro décadas.

Con la sonoridad propia de las palabras, Rodrigo Silva hace música, “*Si cuando las recito no me suena a poema, no van*”, dice para referirse a sus canciones. Junto a las habilidades como intérprete, arreglista y compositor, su sensibilidad como escritor le ha permitido la creación de varios temas, algunos de ellos incorporados en el repertorio del insigne dueto Silva y Villalba, y otros tantos que aún reposan en el papel.

El talante musical y literario lo heredó de los Ramos, su familia materna y huilense; de allí han surgido músicos y escritores, en una corriente creativa que viene desde su bisabuelo, primo hermano de José Eustasio Rivera, el autor de la novela *La Vorágine*. Este legado artístico fue conjugado por el maestro Silva desde temprana edad, primero musicalmente con su acordeón, luego con el tiple, la guitarra, y su canción. Es por

ello que afirma que, de no haber sido músico, se habría dedicado a la escritura y, tal vez, sería solo poeta, porque “*uno no se puede salir de lo que trae adentro*”.

Para escribir se inspira en cualquier cosa: “*cualquiera tiene un problema sentimental y yo lo tomo como si fuera mío y lo compongo*”, dice mientras toma como ejemplo su más reciente creación, aún sin bautizar, inspirada en una pareja de amigos queridos que han decidido separarse. Se la compone a cualquiera de los dos, al que le caiga.

Conversar con Rodrigo Silva es preguntar necesariamente por la historia de sus composiciones; son tantas que a veces no recuerda el nombre de sus canciones y en más de una ocasión tampoco sus letras; sin embargo, mirando hacia el vacío mientras un arpeggio nace en la guitarra pareciera que vuelven a su memoria las hijas de su pluma en el pentagrama.

Del ingenio de este poeta es fiel testimonio su *Reclamo a Dios* en cuya primera estrofa canta “*Vengo de recorrer el sufrimiento, vengo de sentir el dolor, vengo de compartir triste lamento, vengo desde muy lejos y*



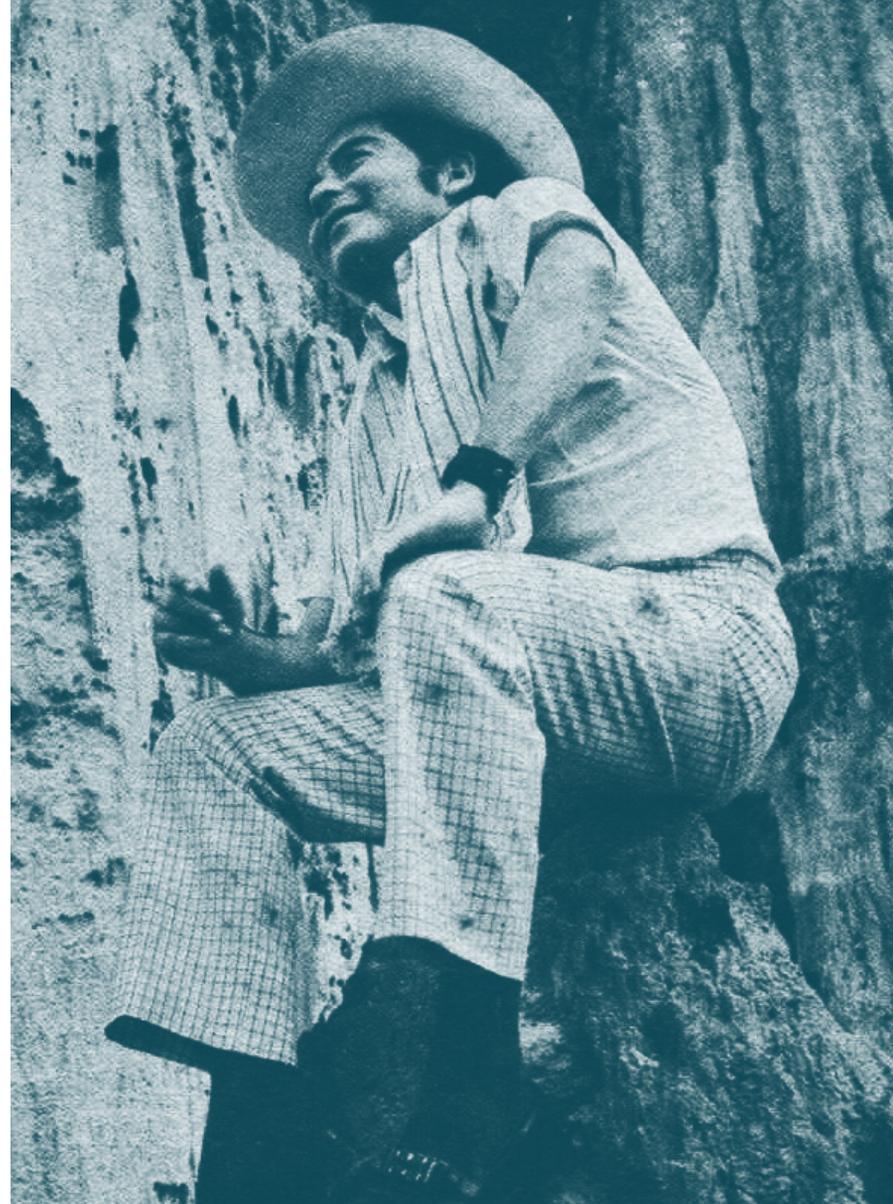


*vengo a hablar con Dios*". Es el preámbulo de una pregunta hecha canción, que surgió del dolor ante el desastre que, el 13 de noviembre de 1985, convirtió a la blanca ciudad de Armero en un inmenso y desgarrador osario. La pieza musical fue tildada de atrevida pues ¿quién se atreve a cuestionar a Dios? La respuesta del maestro Silva, hombre de enorme fe, fue una sola "es como el reclamo que el mismo Jesucristo le hizo a Dios desde la cruz, cuando le dijo: Padre ¿por qué me has abandonado?" Un artista verdadero es respetuoso y de su obra siempre sabe dar razón.

La vida en las tierras del Tolima Grande, por la época de su juventud, también quedó retratada en sus canciones. Es el caso de *Viejo Tolima*, inspirada en la finca ganadera y cafetera de su tío Salomón Ramos, ubicada entre el Tolima y el Huila, con más de 400 hectáreas. Cuenta que allí, la Chusma, como llamaban en aquel entonces a los grupos guerrilleros, solía quedarse en las noches a descansar, comer y alistar guarniciones, solicitudes indiscutibles conociendo la naturaleza de los huéspedes. El desplazamiento es una realidad que Silva vivió de cerca y sobre la que escribió con nostalgia

*“me quitaron el rancho con las vaquitas, / que aunque eran tan poquitas eran de mí. / Cómo te extraño entonces viejo Tolima, / cómo quisiera ahora volver a ti”.*

El don de la palabra contada o cantada tiene el inmenso poder de immortalizar, de trascender para el recuerdo lo que puede ser desconocido en el futuro. *“Las personas no se conocen solo en vida, las personas se pueden conocer en cualquier momento. No es si no conocer su historia y ya se conoció la persona”*, comenta el maestro, para recordar cómo escribió su canción *“Ya se murió mi viejo”*. Cuando su padre fallece, Rodrigo tiene apenas un año y dos meses de haber llegado al mundo. Ya adulto, y por sugerencia de sus hermanos decidió escribir una canción sobre su padre, inspirado por lo que su familia le contó y por una carta de su progenitor, quien aislado a causa de la tuberculosis, envió a la madre del pequeño niño un mensaje que éste guardaría por siempre en su museo personal para mucho tiempo después rememorar lo escrito: *“¿por qué no te paras frente a la reja y me lo muestras de lejos? (...), me acuerdo cuando lo tiraba para arriba y se moría de las carcajadas”*, recita el maestro como



si estuviera leyendo de nuevo aquella preciada misiva. De allí surge la letra de la nostálgica composición:

*“Ya se murió mi viejo, el mundo lo dejó  
y me he quedado solo desde que se marchó.*

*Ya se murió mi viejo, ya se murió mi viejo,  
ahora el viejo soy yo.*

*Recuerdo que de niño con él jugaba yo,  
que me contaba cuentos hasta que un día murió.*

*Mi pelo se ha llenado de blanca ensoñación  
recuerdos que inundaron de llanto el corazón.*

*Ya se murió mi viejo, ya se murió mi viejo,  
ahora el viejo soy yo”.*

Pero no todas sus creaciones llevan el dolor o la nostalgia, pues son más las que surgen del amor, en especial cuando se trata de mujeres: *“Ninguna canción colombiana existiría si las mujeres no estuvieran presentes”*, señala, y es que, precisamente, han sido las damas quienes lo han vuelto más poeta.

Hablar de Rodrigo Silva es viajar en la hazaña de una vida de músico y poeta, de cantor enamorado, de artista inquieto y creativo, de cronista del acontecer en su tierra, del recuerdo sembrado en los abuelos y del presente de los nietos que siguen disfrutando de su obra.

Rodrigo Silva no tiene imposturas ni exhibe apariencias, su relato sencillo sumerge a sus interlocutores en la inmensidad de su memoria. De la conversación con el maestro Silva se puede observar el ánimo sereno, la picardía ferviente de su humor y la galantería de un hombre enamorado.

Sus palabras brotan en una creación inmaculada, acompañadas por la tranquilidad propia de esa sabiduría que trae consigo la experiencia. Además de sus canciones, ha escrito varias columnas de opinión, un libro sobre la vida y obra del dueto Silva y Villalba; recientemente terminó una novela titulada *“Nacho”*, y prepara un libro de aprendizaje para los músicos venideros que se llama *“Detrás del telón”*.

Dice Rodrigo que *“el equipaje del alma va totalmente lleno de tesoros”* y él, como buen alfarero, los ha transformado en canciones, anécdotas e historias para la fortuna de todo un pueblo que cantó, canta y cantará en la voz de sus próximas generaciones.

El andariego sigue transitando y construyendo el camino de una vida de palabras, que con música o sin ella, están hechas con un solo objetivo: quedar sembradas en el corazón de quien las oye, o de quién las lee.





# Rodrigo Silva: El Inmortal

*Por: Carlos Orlando Pardo<sup>1</sup>*

A Rodrigo Silva lo hemos llevado siempre con alegría en un lugar predilecto de nuestro corazón. No se trata sólo del artista extraordinario que es, sino del portentoso ser humano que he podido compartir a lo largo de varias décadas.

Con él la vida es una fiesta en jornada continua así sea para lamentarnos de lo malo que ocurra. Por eso, nada mejor premio para cualquier hora que su compañía. Su agudo sentido del humor, su memoria privilegiada, la cultura de que hace gala desenfadadamente porque se trata de un lector incorregible, son parte de las muchas cualidades de un hombre superior al común de las gentes y, sobre todo, al de los artistas. Lo hemos acompañado a lo largo del último cuarto

de siglo a la celebración masiva de su cumpleaños. Es fabuloso el innumerable desfile de artistas que pasan por su casa atestada de gente que llega de diversas partes del país. La fiesta empieza apenas comienza la tarde y llega más allá de las primeras luces del amanecer. Pareciera, en medio de tanto goce por su existencia, que ingresáramos a una porción del paraíso.

Se trata del artista más completo encarnando la última gloria viva del Tolima en el campo musical. Su nombre y sus acciones ya son una leyenda y hace ya mucho rato ingresó al territorio de la inmortalidad. Rodrigo Silva no es sólo un buen intérprete sino un compositor de primera, y parte de sus canciones constituyen himnos del Tolima. Con él nos extasiamos los escritores colombianos. En su casa la tertulia es más que grata y a uno no dejan de preguntarle siempre por su vida.

---

<sup>1</sup>. *Escritor tolimense y amigo personal de Rodrigo Silva Ramos.*

Fernando Soto Aparicio, Germán Santamaría, Jorge Valencia Jaramillo, Fernando Ayala, Darío Ortiz Robledo, William Ospina y Jorge Eliécer Pardo, entre otros, lo evocan y repiten sus chistes, entonan sus canciones, saborean sus bromas y a veces termina más citado que Jorge Luis Borges.

No es fácil llegar a estas alturas. Son décadas de cultivar el saber ser artista y lograrlo. Existen quienes creen que el asunto consiste en apenas tener buena voz o saber dominar un instrumento. Son mecánicos. Les hace falta el alma y ese toque genial que sólo alcanzan pocos como si fueran magos consumados. Rodrigo Silva sí que lo es y por eso logra enamorar un grupo o encantar una multitud hasta ser un artista popular. No se queda sin embargo ahí.

Es fácil verlo pintando y evocar anécdotas de los grandes maestros o conversar sobre sus cuadros como de una vecina que le guste. Y mencionar ciudades porque se ha paseado por ellas dominando el tráfico en Miami o Nueva York. Y qué no decir cuando se mete a pelear con las palabras. Inclusive tiene una novela inédita que ha venido puliendo con la paciencia de un artesano

y el alma de un escritor. O cuando le apuesta a ser un columnista de diario para ir difundiendo verdades sin amargura y con la gracia de un humorista auténtico. O cuando juega a ser poeta leyendo primero con una voz de locutor antiguo los versos de canciones que portan el encanto y la magia de la poesía. Podríamos también mencionar los momentos en que no es la guitarra la que tiene en sus manos sino un saxofón o el instante en que pasea sus dedos certeros por el teclado de un piano para hacerlo vibrar como un concertista.

Largo sería enumerar los instrumentos que se estacionan en su espíritu de músico versátil convirtiéndose él sólo en una orquesta. Inclusive su transformación en deportista cuando nada o juega tenis.

Y en el asombroso mago cumpliendo una presentación estelar que de un momento a otro desaparece algún objeto. Y cómo no referir al humorista que logra hacer reír a carcajadas. Inclusive al imitador de grandes voces haciéndolos resucitar. Es increíble ver a tantas personas en una sola. No debo dejar de mencionar al intérprete

en varios idiomas sosteniendo un concierto apasionante. Surge de pronto el declamador de viejos poemas clásicos y populares. Y el filósofo que cuestiona el ser y la nada, los políticos y las falsas amistades y el romántico que se abraza a antiguos boleros con su sensibilidad pegajosa para despertar sentimientos y recuerdos. He tenido el honor de que interpretara algunas de mis canciones como uno de los trofeos de orgullo más satisfactorios de toda mi existencia. Sólo por eso vale la pena haberlas escrito y más cuando fue en su estudio donde cumplimos el proceso de mi primer CD. Soy un letrista aficionado que en voces como la suya salta de enano a sentirse gigante.

Lo que hacemos usualmente es celebrar su vida porque como ya lo he escrito, se ha escapado de la muerte varias veces. Inclusive contradijo los conceptos de los especialistas que lo daban como un hombre ya ido de este mundo. Estoy bien, yo no tengo sino cáncer, dice a veces. Pero continúa cantando y encantando en conciertos de nunca acabar, divirtiendo a la gente de varias partes del país con la misma sonoridad de sus primeros tiempos.





En el 2008, junto a Villalba, protagonistas del Tolima desde el siglo XX, celebraron 40 años de carrera artística con una gira nacional apoteósica, salas llenas y titulares de los más importantes medios de comunicación. Toda aquella memoria quedó consignada en su hermoso libro con la historia del dueto y, a propósito, grabaron un C.D conmemorativo. Ahora funge por algunas horas de carpintero. Ha elaborado pequeños y atractivos baúles donde reposan para deleite de quien quiera comprarlos, 25 CDs con las mejores canciones del dueto. La música parece su mejor disculpa para seguir amando esta tierra.

Ha sido cultivador de arroz y ajonjolí, dueño de tabernas y de restaurantes, de su amplio estudio de grabación y la disquera que creó con la convicción de que seguirá rodeado de música toda la vida.

Vivía antes en una casa campestre más que amplia rodeado de patos y gallinas, perros adiestrados que cuidaba amoroso, una piscina confortable y su cancha de tenis. Su esposa, Carolina del Río, es su sombra luminosa y acompañante incansable de sus sueños. Se trata del último matrimonio porque se ha desposado varias veces.

Lleva de casado no pocos años y dos hijos, el último, Juan David, su devoción inmensa, de apenas siete y la primera que sigue como un recuerdo doloroso por su muerte accidental. Todos los lunes van al cementerio para llevarle flores aunque lleva ya trece años desde su partida. De sus matrimonios anteriores existe Rodrigo, músico pasional como su padre y de otro María Alejandra, sicóloga y Rodrigo Eduardo, piloto. El maestro Rodrigo Silva es un cocinero de primera y añora los tiempos cuando encarnaba un comelón. Ahora sólo alimentos blandos por su operación en el paladar. Prepara ceviches y postres, asado huilense de exportación, fríjoles y mondongo para ganar concursos.

Compuso su primera canción a los doce años llamada Tiple viejo y para la época de la violencia, en una finca de su tío ubicada entre el Huila y el Tolima donde pasó varios años, presencié los atropellos de que eran víctimas los campesinos. Escribió entonces su canción Viejo Tolima, que plantea el desgarramiento de los seres que terminan expoliados y se quejan de ello con las palabras “Me quitaron el rancho con las vaquitas/ y aunque eran tan poquitas/ eran de mí”.



Para Rodrigo Silva tocar unos treinta instrumentos, tener hasta ahora 180 canciones grabadas, 24 discos, 18 CDs, darse a conocer al país desde los veintisiete años cuando la firma Phillips les lanza el primer larga duración con éxito en mayúsculas, es el resultado de un esfuerzo sin tregua tras una lucha que empieza bien temprano. De madre chaparraluna y padre ibaguereño, el consagrado compositor e intérprete nació en Neiva el 14 de noviembre de 1944.

Sigue amando también las rancheras. Cuando las interpreta, parece que resucitara Pedro Infante. Pertenece a su club de admiradores y tiene la colección de todas sus películas y todas sus canciones. Es bueno repetir que se trata de un romántico y un lector empedernido. Y que por su casa pasan decenas de escritores consagrados. Los que repiten siempre

el poder disfrutar de su compañía. William Ospina, Jorge Valencia Jaramillo, Fernando Ayala que hizo una novela sobre la herencia incalculable de su familia, Germán Santamaría, Héctor y Benhur Sánchez, Jorge Eliécer Pardo. Y que con él junto al incomparable Darío Ortiz Vidales y Gabriel King, por ejemplo, vimos amanecer muchas veces bajo el cálido sabor de su amistad y de su voz.

Alcanzar en su brillante carrera artística diez discos de oro, cinco de platino y lograr ser consagrados como Mariscales de la Hispanidad en Nueva York, en 1990, a más de los muchos premios, condecoraciones y homenajes recibidos de varios lugares de Colombia y otros países, es parte del gran resumen de una vida dedicada a difundir nuestra música vernácula durante cuatro largas y fructíferas décadas.

Ha realizado giras al lado de María Dolores Pradera, Javier Solís, Carlos Julio Ramírez, Berenice Chávez, Daniel Santos, Yaco Monti, Los Visconti, Los Cuyos, Hervé Vilard y Alicia Juárez, entre una gran constelación de artistas.

Corría 1967 cuando en una reunión de su familia, para unas fiestas de San Pedro, se dio el encuentro feliz de Silva y Villalba, el primero entusiasmado con la interpretación de música ranchera y el segundo amante del joropo y las tonadas del llano.

Un amigo común les dijo, de manera oportuna al escucharlos por separado, que así lo hacían bien pero que juntos el asunto sería mejor. Desde entonces son un orgullo de Colombia. Rodrigo escribe no sólo canciones, hace una novela y un nuevo libro de memorias. Es divertido como nadie y las calamidades nunca lo arrinconan. Se trata nada más ni nada menos que de la última gloria viva de la música que queda en el Tolima. Está sobrado de condecoraciones y diplomas pero la que más le gusta es el afecto de los amigos ciertos, parte de los cuales estamos en un libro que elaboramos cumpliendo un concierto de palabras en su homenaje.







## El Barcino de la suerte

*Por: Ricardo Cadavid<sup>1</sup>*

El sol calentaba las cabezas de las más de 500 mil personas que asistían al concierto en el *Flushing Meadows-Corona Park*, el segundo parque más grande de Nueva York, situado al norte de Queens, en la intersección de la *Long Island Expressway* y la *Grand Central Parkway*.

Muchos músicos y orquestas de talla internacional habían cantado ese día. Era 12 de octubre y en Estados Unidos se celebraban las Fiestas de la Hispanidad. El Comité Organizador del evento había advertido a todos los grupos que podían cantar dos piezas solamente para que el público tuviese la oportunidad de apreciar

la representación musical de los países latinos invitados y que, horas antes, habían desfilado por al 5ª Avenida, ante la gente atónita que no estaba acostumbrada a pintorescos desfiles de carrozas y el sonidos de instrumentos que remplazaban el ruido de las bocinas.

Llegó el turno de Silva y Villalba. ¿Qué podían hacer un tiple y una guitarra ante ese monstruoso río de gente que esperaba para escuchar la participación de Colombia? No había batería, grupos de instrumentos de viento ni vibrantes cobres, no eran una orquesta de gran formato, ni llevaban sonoros tambores. Ya habían tocado las orquestas de salsa, los grupos de merengue, las melodías amplificadas por más de 50 mil vatios de sonido. Ahí estaban ellos dos, Silva y Villalba, con tan solo sus voces, un tiple y una guitarra, ante ese enorme río de 500 mil personas.

---

<sup>1</sup> *Docente del Diplomado de Comunicación Organizacional del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima, Director de la Fundación Abrapalabra y Codirector del proyecto Vida de palabras.*

Una gota de sudor corrió por la mejilla del maestro Rodrigo Silva, pero su voz no podía temblar, y se animaron diciendo: *“aquí hay que cantarle al corazón”*. El corazón tiene oídos poderosos dispuestos a escuchar los poemas de la tierra que los cientos de miles de inmigrantes esperaban con ansia.

Se hizo un silencio enorme cuando el dueto empezó a cantar: *“a mí deme un aguardiente, un aguardiente de caña (...) a mí cánteme un bambuco de esos que llegan al alma, cantos que ya me arrullaban cuando apenas decía mamá”*... y la gente lloró conmovida. Y luego suspiraron *“Si pasas por Sangil”*, y *“Al Sur”*, y *“Hurí”* y fueron treinta minutos, y una hora, y luego dos, y los cientos de miles de corazones en medio de las algarabías nostálgicas de las patrias lejanas no les permitían bajar del escenario. No cantaron para 500 mil personas. Esa tarde le cantaron a un solo corazón.

Silva y Villalba recibieron ese día el premio *“Mariscales de la Hispanidad”*, el mismo premio que se otorgó a artistas de la talla de Plácido Domingo, Cantinflas, Celia Cruz, Pedro Vargas y Julio Iglesias. Bajaron del escenario sonriendo

y pensando que ese reconocimiento era para Su Majestad El Bambuco, esa música que no se baila, que no produce paroxismos en las parrandas; esa música simple que llega al corazón.

De regreso a Bogotá, Rodrigo Silva pensó en lo paradójico de la existencia; hace poco más de un año habían tocado para tres personas en un oscuro cuarto, una caleta fría a las afueras de Suba en Bogotá.

Unos años antes del consabido premio, la taberna de Silva y Villalba en Bogotá, estaba repleta. Las copas entrechocaban para manifestar los buenos deseos de una noche atiborrada del humo de cigarrillos, alcohol y música colombiana. La gente suspendía su conversación cuando el bambuco se deslizaba por todos los rincones. Dos hombres muy bien vestidos se sentaron junto al maestro Silva en la barra del local.

- ¿Cuánto cuestan sus servicios para una serenata don Rodrigo?

El maestro Silva conversó con ellos los detalles, el valor de una serenata, el transporte del sonido, los temas a tocar. Como respuesta uno de los

hombres confirmó que no había ningún problema y que subieran al carro que esperaba afuera. La serenata era de inmediato.

- Ustedes perdonarán señores, pero no podemos en estos momentos – repuso el maestro. – Eso se prepara con antelación, uno programa los eventos, no podemos irnos así como así.

- Vea don Rodrigo. El asunto es urgente. ¿Ustedes no son músicos profesionales? ¿No se saben las canciones? Vamos, tocan lo que quieran y se marchan, hombre no se hagan de rogar.

- Señor, con todo respeto créame que nos alegra que quieran nuestros servicios con tanta urgencia, pero el local está lleno. Todos estos clientes que ustedes ven acá vinieron a escucharnos cantar. No podemos decepcionarlos.

- ¿Cuánto consume la gente aquí un viernes? Diga la cifra y le damos el doble, no hay problema.

- Caballero, usted nos halaga con su oferta, créamelo, pero clientes como ustedes aparecen una vez cada año. Estos señores que están acá vienen todas las semanas y no queremos dejarlos plantados.



- Mire señor Silva, hagámonos un favor. Usted no quiere decepcionar a sus clientes y yo no quiero decepcionar a mi jefe. Usted no quiere dejar su clientela plantada, créame que yo tampoco quiero que mi jefe se quede plantado. Hagámonos un favor usted y yo, camine que le va bien, canta cuatro temas, se le paga de una vez y todos quedamos contentos. Mejor dicho, a mí no me mandaron a preguntarle nada sino a llevarlo... así, por las buenas.

Y así, por las buenas, Rodrigo Silva miró a Villalba y pasaron saliva. Intuyeron de qué se trataba y entendieron que no había mucho que pudieran hacer. Convencieron a sus amables interlocutores de que los dejaran tocar una tanda y salieron con rumbo desconocido. Dos horas después estaban entrando a una finca.

Los músicos prefirieron no entrar hasta la zona de la piscina donde estaba la gente bebiendo, animada por una orquesta tropical. Se sentaron a esperar en un salón de la casa mientras les tocaba el turno de tocar. “¿En qué carajos nos metimos?” se preguntaba Rodrigo Silva, cuando miró en el salón continuo, sentada sobre una mesa de billar, a una mujer hermosa, de cabello lacio y negro. Como si le llamara su alma aventurera se acercó a ella y se sentó a su lado. Conversaron de muchas cosas. Ella le comentó que había participado en el concurso de belleza





representando al Amazonas y él le habló de sus conciertos en Queens, en México, en Miami y en casi todas las ciudades de Colombia. Estaban en eso cuando un hombre paso cerca a la mesa y fingiendo que se tropezaba, cayó junto a Silva y le propinó un codazo en las costillas mientras le balbuceaba rápido al oído: “*¿Te querés morir gran hijueputa?*” El maestro le dijo sonriendo a la bella muchacha “*Carajo, empezamos temprano, ya se nos apareció el primer borracho y como siempre, al músico es al que se la montan*”.

Siguieron conversando durante veinte minutos. Rodrigo Silva siempre ha sido bueno contando anécdotas y, con cada ocurrencia, la mujer sonreía. Ella no quería estar en esa fiesta con “*toda esa gentuza*” como la llamaba. Él ya quería componerle un bambuco y protegerla de la sordidez del ambiente cuando entró al salón otro hombre tambaleando, haciéndose el borracho derramó su vaso sobre Silva y mientras se disculpaba limpiándole la chaqueta le susurró: “*¿Qué parte de te vas a morir, no has entendido marica?*”. Ya para ese momento el maestro Silva estaba cabreado y acercándose al hombre que los había contratado le dijo:

- Ole, no jodas, acá vinimos a tocar pero ya me la tienen montada los borrachos, hermano, más bien nos vamos.

- Cómo no se la van a montar, huevón, si usted está gallinaceando a la mujer del patrón. Esta fiesta es para ella. Usted está buscando que le peguen un tiro.

- Ah caray yo no sabía. No estaba ni enterado. ¿Y cuál es el patrón? Yo voy y le pido disculpas.

- Usted tiene huevo. ¿Quiere que lo maten? Es el que está allá sentado con los guardaespaldas, el del sombrero de pelo de guama.

Fue la primera vez que Rodrigo Silva vio a Gonzalo Rodríguez Gacha, su anfitrión, que no le quitaba la vista de encima. También reconoció al primer hombre del codazo, de quien luego sabría su nombre: Olivo, uno de los cinco guardaespaldas leales a “Gacha”.

Tomando valor se acercó hasta el afamado narcotraficante y habló con voz pausada:

- Buenas noches don Gonzalo. Venimos a



animar la fiesta con una serenata. Muchas gracias por la invitación. Vera usted, no tenía intención de ofenderlo; solo estaba sentado charlando con la dama mientras esperaba el turno para tocar, pero conversábamos no más. No sabía que a usted le gustaba la música del Tolima Grande. Discúlpeme por favor. Solo queremos que pase un buen rato.

Gacha miró a sus guardaespaldas como calmándolos. Sonrió. Él mismo sirvió un vaso de whisky y se lo acercó a Silva mientras decía:

*“Te salvaste loco hijueputa porque ya estaba pensando en pasarte al papayo por huevón... loco marica... así te voy a decir de ahora en adelante, “Loco”, porque seguro estás como loco. ¡Qué se calle la orquesta que el loco hijueputa me va a cantar El Barcino para la buena suerte, y no se me vaya a desafinar, carajo! ¡Traigan a Túpac para que también escuche la canción que ese toro era un verraco!”*

Silva y Villalba cantaron hasta el amanecer para todos los invitados, incluido el caballo, y por el resto de la noche ninguno se atrevió a





mirar a la dama ni de refilón. *“Lástima porque estaba bonita”*, pensó Rodrigo. Era ya de mañana cuando preguntó “Gacha”

- ¿Cuánto se les debe?

- No señor, nada, no faltaba más. Por la serenata nada, fue un placer. Ahora que si usted nos quiere pagar el riesgo, con gusto le recibimos lo que estime conveniente -Dijo Rodrigo Silva sonriendo-

“Gacha” pegó una carcajada, metió la mano en un carriel que llevaba y sin contar sacó dos puñados de dólares y se los entregó. *“Ahí les pago el riesgo Loco pendejo, y nos seguimos viendo que estuvo buena la tocata”*. Ni Silva ni Villalba contaron el dinero. Lo metieron en sus bolsillos y salieron de allí en el mismo carro que los trajo. *“Quién hubiera pensado que ese hombre de vestido sencillo, de bluyines y camisas cortas, con fama de aficionado a los corridos y las rancheras, le gustaban los bambucos y pasillos”*, comentó Silva en el trayecto de regreso hasta Bogotá.

Los conciertos de Silva y Villalba continuaron a lo largo y ancho de toda Colombia y sus más

de cuarenta trabajos discográficos se vendían por todas partes. Incluso tocaron en Barranquilla, tierra de carnavales, de sones alegres y de parrandas. El dueto estaba preocupado por los resultados del concierto en una tierra donde la gente conoce poco de la música del interior. El volante publicitario decía: *“Esta noche se silencian los acordeones porque llega al Teatro Amira de la Rosa, su Majestad, El Bambuco”*. El concierto fue un éxito.

Acababan de arribar nuevamente a Bogotá cuando los abordó el mismo hombre que meses atrás los había llevado a la Hacienda La Chiguagua en Pacho, Cundinamarca. Sin mucho preámbulo indicó:

- Cómo es la vida señores; hasta en el Amazonas ustedes son famosos. El patrón le preguntó a la reinita qué quería de cumpleaños y ella le contestó dizque una serenata con Silva y Villalba, debajo del balcón y todo eso. Aquí está lo de los tiquetes que allá los esperan el jueves en Leticia. Conste que esta vez les avisé con antelación. No falten que ustedes ya saben que al Patrón no le gustan los incumplidos.

*“Qué jodas con la reina -dijo Silva-. Su gusto musical nos va a terminar matando”*. En esa oportunidad decidieron no ir solos; ni de riesgo. Los acompañaron Jairo Alberto Bocanegra, un compositor y cantante ibaguereño, y un bajista al que apodaban “Lechona”.

En esos tiempos la ciudad de Leticia parecía un fuerte para la mafia. Los narcotraficantes más buscados de Colombia andaban por las calles sin ningún problema.

*“Loco, venga me acompaña”*, le gritó Gacha desde un camioneta al maestro Silva. Estuvieron toda la tarde repartiendo regalos para los habitantes de los barrios pobres ¿Quién hubiera pensado que un hombre cuya imagen era de asesino, nada más y nada menos que el jefe militar del Cartel de Medellín, terminara por ser un sujeto compasivo, alegre, amigo de los pobres? La vida es una constante paradoja.

Para el final de la tarde estaba programado un concierto en la gallería de Leticia. Silva y Villalba imaginaron que la cosa sería de grandes ligas, con un potente equipo de sonido para cantarle

al pueblo que estaría reunido para escuchar las canciones que los llenaron de gloria desde que lanzaron su primer trabajo discográfico: Viejo Tolima. Ya se imaginaban cantando Al sur, Oropel, Pescador Lucero y río, Soñar contigo, El Caracolí, y todas esas canciones que les habían hecho acreedores a su primer Disco de Oro en 1970; pero la cosa no fue así. En la gallera no había más de diez personas, contando a los músicos y los guardaespaldas. Rodríguez Gacha estaba apostando a los gallos con su amigo Evaristo Porras, el Rey de Leticia.

Conectaron la planta del bajo y preguntaron cuál de las más de 400 composiciones y canciones de su repertorio querían escuchar. La respuesta no se hizo esperar:

- ¿Cuál va a ser loco? Pues El Barcino, no ve que este huevón me va ganando. Esa es la canción que me trae buena suerte.

En una hora ya habían tocado El Barcino como catorce veces y “Gacha” se estaba recuperando y sumaba a su favor cerca de treinta millones de pesos. Evaristo comentó que ya le estaba sabiendo

a mierda la historia del Toro. Silva y Villalba pensaron lo mismo, pero “Gacha” declaró:

- No jodas Evaristo, cuando ibas ganando no decías ni mierda. Pues se jodieron porque voy ganando. Ese puto toro es como yo, y de aquí no me lo baja nadie.

Luego mirando a Bocanegra metió la mano en el carriel, sacó un puñado de dólares y se los entregó diciendo:

- Usted también canta bonito. Pa’ que vean que estoy hecho una madre, cante usted también y ahí se turnan, pero eso sí, que suene El Barcino. Evaristo, hoy te dejo pelado.

Tal vez el maestro Jorge Villamil no imaginó nunca que su pieza inmortal iba a ser interpretada como 48 veces en una gallera lejana, en medio de la selva. A las doce de la noche “Gacha” dijo:

- Loco, nos vamos que tenemos una serenata que dar. Mi reina está de cumpleaños.

Los músicos fueron en una camioneta y cosa curiosa, el carro se detuvo dos cuadras antes.



“Gacha” no estaría en la serenata porque no le caía bien al suegro y no quería incomodarlo. Es curioso que la misma mano que selló de forma macabra el destino de periodistas, de políticos, de soldados y policías y de tantos otros, tuviera pudor cuando se trataba de no molestar al suegro.

Dieron la serenata sin permitir complacencias musicales, pues como dijo Rodrigo, *“donde a la reinita o al suegro les dé por pedir El Barcino, les rompo el tiple en la cabeza”*.

Para regresar a Bogotá, “Gacha” ofreció llevarlos en su avión privado, pero los músicos se excusaron diciendo que deseaban tomar fotos en Tabatinga. Esa vaina de viajar con el narcotraficante más buscado en Colombia, no debía ser nada seguro.

Se entretuvieron por el río contando chistes, tomando fotos con la reina anfitriona y degustando ajicero, un plato típico de la región. Estaban en esas cuando escucharon los motores del vuelo comercial que debía llevarlos esa tarde a Bogotá, donde Silva y Villalba tenían un importante evento en una embajada. Los dejó el avión. No podían faltar a ese concierto, así que ayudados por las autoridades locales, los embarcaron en un

viejo DC3 de carga, de donde los hicieron bajar a los dos minutos debido a percances mecánicos. Era como la una de la tarde y todos empezaron a tomar brandy... si abordaban ese avión sería completamente borrachos.

Dos horas después estaban ebrios, a dos mil metros de altura sobre la selva, sentados encima de unos bultos de pescado seco que, entre otras cosas, es de los pocos alimentos que no soporta Rodrigo Silva, quien a esa altura no podía distinguir si las náuseas que tenía eran provocadas por la visión de sus amigos que hurgando los costales comían como pasante jirones de pescado seco, o si era por el susto que se llevó cuando, en dos ocasiones, se detuvieron los motores del DC3 en pleno vuelo: *“Cantemos el Barcino que eso disque da buena suerte, a ver si esta vaina no se cae”*, dijo jocosamente Bocanegra con la boca llena de pescado seco.

Arribaron a la embajada con un olor muy peculiar que no pasó desapercibido para los invitados. Se cambiaron en el baño y se echaron todo el perfume que encontraron y no faltó quién les preguntará la marca afrancesada de tan peculiar colonia.

Silva y Villalba se encontraron en otras ocasiones con Gonzalo Rodríguez Gacha. Era bastante difícil negarse, aunque lo hicieron en algunas oportunidades. A finales de los ochentas tocaron en una reunión en los Llanos Orientales a la que estaban invitados varios capos. A un lado del campamento estaba “Gacha” con su dueto favorito, y al otro lado un grupo vallenato acompañaba a un “duro” que ellos no identificaron y que tampoco se atrevían a mirar.

Por algún motivo los ánimos estaban caldeados, y cada vez que Silva y Villalba iban a tocar eran interrumpidos por el grupo vallenato. Como la cosa se estaba poniendo caliente, Rodrigo habló con el cantante vallenato, un guajiro que también estaba nervioso: *“Hermano, hagámonos pasito que cuando las cosas se ponen difíciles, el que termina muerto siempre es el músico”*. Ese día pactaron tocar por tandas y a la madrugada, incluso, Rodrigo ya estaba componiendo vallenatos abrazado al guajiro y cantándole a una gaviota viajera que imaginó surcando los cielos de Coveñas.

En otra ocasión, Rodrigo Silva estaba viendo un partido del Deportes Tolima contra Millonarios y,

desde lo alto de la tribuna Occidental, escuchó una voz que le gritaba: *“Loco, te apuesto una serenata a que le ganamos a estos cojos”*. Era “Gacha”, que sin importarle que la policía y el ejército le siguieran los pasos, se aparecía de improviso en los estadios para ver jugar a su equipo. Silva perdió la apuesta y terminaron en una finca de La Dorada. Amaneció con un guayabo impresionante, y a las siete de la mañana le preguntó a Olivo donde estaba su patrón, a lo que respondió señalando una habitación donde “El Mexicano” dormía la borrachera. Rodrigo pensaba en una jocosa revancha. Se apostó en la puerta y a todo pulmón empezó a cantar El Barcino mientras gritaba: *“Ahí tienes tu serenata a ver si se te acaba la huevonada con el toro ese”*.

- “Llévense ese Loco que no deja dormir, no me joda”.

Se despidieron y no volvieron a verse hasta esa tarde en que tocaron a la puerta de la casa de Silva en Bogotá. Uno de los hombres de confianza de “Gacha” le dijo al maestro: *“El patrón está de cumpleaños y le gustaría que usted le cantara... vístase que no hay mucho tiempo”*.

Para esa época la taberna de Silva y Villalba no rendía igual que antes. Los narcotraficantes habían declarado una guerra sin cuartel y ponían bombas en bancos, centros comerciales, lugares públicos. La taberna quedaba junto al club de Telecom y el miedo de la gente a salir empezó a pasar factura. Los espectáculos y las serenatas cada vez rendían menos. En un carro salieron a recoger a Álvaro Villalba que los esperaba con el sonido.

Llegaron a una casa al norte de Bogotá, en Suba, rodeada por dos murallas que corrían paralelas alrededor de la casa, con guardianes apostados cada diez metros. Los músicos entraron por el pasadizo que conducía a un cuarto que más parecía una lúgubre caleta oscura. Allí en el centro de un salón, iluminada por una pequeña lámpara estaba “Gacha”. Su aspecto de otras épocas había cambiado, estaba flaco, el rostro afilado, sin el acostumbrado sombrero, con unas ojeras profundas y los ojos perdidos. Se alegró de verlos y apenas si se puso de pie para darle un abrazo y cayó nuevamente sobre el sillón.

- Ole, Gonzalo, qué te pasa, estás flaco,

acabado, pareces el protagonista de la canción del ojeroso, cansado y sin ilusiones –bromeó Silva– a lo que repuso “Gacha” con una voz apagada:

- Cómo quieres que esté, Loco, si no puedo dormir. Ando quedándome en hamacas en la selva, no me puedo estar en ninguna de las fincas por más de dos horas, si oímos un conejo todo el campamento se levanta. Esto es una mierda. Me arriesgué a venir para verme con mi hijo Freddy. Tengo muchos frentes de pelea, Loco. Estoy agarrado con la guerrilla de las FARC, con los políticos, la tengo casada con el cartel de Cali, me sigue la DEA, me quiere joder el ejército, la policía. Solo falta que me persiga la curia y la mujer. Esto está muy jodido, Loco. Una mierda. Cántame algo que me alegre el corazón.

- Silva y Villalba se miraron. Acostumbrados a decir “*pidan lo que quieran que nosotros tocamos lo que nos dé la gana*”, no tuvieron que pensarlo dos veces. Con el corazón arrugado al ver ese hombre poderoso escondido en un pequeño cuarto, sonaron las cuerdas del tiple

y la guitarra entonando por última vez para “Gacha”, la historia del torito bravo con alma de acero, que llevaba en la mirada rumor de torito fiero y en el hocico el aroma del poleo.

Solo pudieron cantar dos piezas. Olivo los interrumpió. Le dijo algo al oído al patrón y éste se puso de pie. Se despidieron de afán, preguntó cuánto les debía pero nuevamente sin tener que ponerse de acuerdo contestaron que nada, que ese toque era una cortesía. “¿No me van a cobrar ni el riesgo?” Dijo Gacha y Rodrigo Silva contestó “Ni de riesgo”. Fue la última vez que se vieron. Tres días después mataron a Gacha cerca de Tolú. Su cuerpo rodó por la arena y quedó tendido cerca a unos platanales. Hubo sangre y retumbaron diversos ecos, pero seguro no brotaron las amapolas.

En Colombia muchos han tenido una vida similar a la de El Barcino. Agitada. Inquieta. Alegre. Insubordinada. Rebelde. Libre. Indómita. Bravía. Nunca servil ni sumisa. Así fue la vida de muchos campesinos colombianos, entre el fuego cruzado de la guerrilla, el ejército y las autodefensas. Ha sido la vida del poeta y la vida del músico entre los ruidosos escenarios que amenizan la fiesta, o

en los atardeceres rasgando un tiple. Ha sido la vida de Rodrigo Silva interpretando con Villalba el tiple y la guitarra ante 500 mil personas en un parque de Nueva York, o sentado en la sala con sus amigos cantando hasta el amanecer, o en una fría caleta despidiendo una vida, o componiendo bambucos en su estudio con una taza de café.

Así fue la vida del Barcino “Confite”, novillo cimarrón que huyó de la herrería en la hacienda de El Cedral, para ser capturado por la guerrilla y llevado a las Repúblicas Independientes de Colombia en tiempos de La Violencia, luego olvidado en los bombardeos de mayo del 64, y encontrado por los militares en la Operación Marquetalia, para terminar en el ruedo de una improvisada feria de pueblo, mordiendo el polvo y jadeando.

La vida de ese torete es parecida a la del poeta que garabatea sus versos en el cielo, a la del estadista que quiere dictarle a la historia su destino, idéntica tal vez a la de un coronel de los Buendía frente al pelotón de fusilamiento, a la vida del corsario, del mafioso, del hampón, del amante joven de la mujer casada, de los que luchan, de





los incansables, de todos los que resisten cualquier sumisión que no provenga de sus propios antojos. En la Colombia de ayer, de hoy y de mañana, todos tenemos algo del Barcino.

De eso han pasado más de 20 años. Rodrigo Silva tiene su casa por la vía de Mirolindo, en Ibagué. Nació en Neiva pero es un hijo de esta tierra. Desde 1999 empezó una lucha contra el cáncer, un agresivo melanoma que se manifestó con una mancha negra en todo el paladar. Cuando se la descubrieron bromeó: *“Ahora parezco enrazado de perro chow chow”*. A su esposa Carolina no le hizo gracia el comentario.

Los tratamientos se extendieron por años y la pensión y la seguridad social que prometen los políticos a los artistas en cada jornada electoral no llegó. Tampoco llegaron los auxilios de Sayco y Acimpro, esas entidades que recaudan miles de millones de pesos en nombre de los artistas para proteger sus derechos de autor y ni siquiera se apuran a proteger sus vidas.

Pasó por diversos galenos; le raspaban el paladar quitándole las células cancerígenas y al cabo de unos meses volvían a aparecer. El buen humor nunca le faltó, incluso la tarde en que un amigo le dijo que había que hacer una operación radical y quitarle

todo el paladar. Si se operaba seguramente quedaría mudo. Si no se operaba le daban seis meses de vida. Se quedó pensativo y respondió: *“Definitivamente yo sí soy el Quijote de la Mancha”*.

Quería rebelarse, ese no podía ser su fin, un músico, un cantor no podía morir sin voz ¿Qué castigo era ese? ¿Fue acaso por componer una canción en la que le hizo un reclamo a Dios? Un diario de circulación nacional sacó una nota con un titular que decía: *“Beethoven sordo, Silva mudo”*. La revista Dinners publicó un artículo titulado *“Cuando calla el cantor”*.

Un amigo lo llevó a un Grupo de Oración. Silva como muchos, se decía creyente pero era bastante escéptico. Oraron todos y el maestro se estremeció, dudó. Le dijeron que Dios no haría con él una sanación sino un milagro para mostrar su gloria. Le pidieron que abriera la biblia al azar y señalara un versículo que daría respuesta a sus inquietudes. Lo abrió en Zacarías 9:7 y tembló cuando leyó: *“Quitaré la sangre de su boca, y sus abominaciones de entre sus dientes. Entonces él será también un remanente para nuestro Dios (...)”* Sintió que el piso se hundía bajo sus pies. Decidió operarse.



## Quando calla el cantor

Rodrigo Silva, integrante del dueto Silva y Villalba, es uno de los más importantes autores de la música colombiana. Su voz también es la inspiración de Pedro Infante. Pero ahora a esa voz la apaga el destino.

Sus amigos le organizaron un homenaje para recaudar fondos suficientes para la operación. Quizás hubo unas 200 personas que lloraron su suerte y como siempre, cantaron hasta el amanecer. Se publicaron notas de dolor, libros donde escritores de todas las tallas mostraron sus respetos, políticos de todos los colores pasearon como plañideras rasgándose las vestiduras por la inminente muerte del turpial que le cantó a Colombia (y fue lo único que hicieron porque la pensión y la ayuda no han llegado todavía).

La cirugía fue en el 2004. El inmortal Rodrigo Silva cumplirá setenta años en noviembre de 2014 y sigue en pie, cantando y componiendo. Ya venció a la muerte porque sus composiciones e

interpretaciones le aseguraron la inmortalidad. Más de la mitad de los allegados a tantas reuniones y homenajes de despedida, hoy están muertos y Rodrigo Silva, sigue erguido, llevando en la garganta las cicatrices de fieras garras del *Canaguaro*, con alma de acero y la mirada de torito fiero.

Agitado. Inquieto. Alegre. Insubordinado. Rebelde. Libre. Indómito. Bravío. Sencillo. Nunca servil ni sumiso. Lleno de fe y de gratitud con la vida. Así ha sido Rodrigo Silva. Así esperamos que siga siendo por muchos años más, con la venia de Dios. El día que se marche de este Tolima que le lleva en el alma, seguro un coro de ángeles entonará El Barcino.

# COLOMBIA: CULTURA, MUSICA Y FOLCLOR DE NUEVA YORK

INVITA

## HOMENAJE DE SOLIDARIDAD AL GRAN MAESTRO RODRIGO SILVA

(PRIMERA VOZ DEL DUETO SILVA Y VILLALBA)



### ¡Rodrigo Estamos Contigo!

DOMINGO 20 DE MARZO 3PM  
CHIBCHA RESTAURANT  
79-05 ROOSEVELT AVE.

ESPECTACULAR DESFILE ARTISTICO DE:  
SOLISTAS - DUETOS - TRIOS Y GRUPOS MUSICALES

INVITADA ESPECIAL  
LA ACTRIZ CATALINA SANDINO  
NOMINADA AL PREMIO OSCAR 2004

DONACION : \$ 20.00

ADQUIERA SUS TIQUETES EN:

ORLANDO TRAVEL  
84-02 ROOSEVELT AVE.  
JACKSON HEIGHTS  
718.899.7333

DR. G. DAVILA  
62-01 39TH AVE.  
WOODSIDE  
718.424.5466

CHIBCHA RESTAURANT  
79-05 ROOSEVELT AVE.  
JACKSON HEIGHTS  
718.429.9033



## Las viceversas de la vida

# Beethoven sordo y Silva sin voz

Rodrigo Silva, voz líder del dueto Silva y Villalba, derrotó la muerte y ganó una batalla contra el silencio. Nadie, ni siquiera los especialistas que le abandonaron, esperaban que recuperara la voz. Ahora prepara dos trabajos musicales y desde el próximo viernes regresa con su columna Opilates.

Por José Benet

Rodrigo Silva está en una situación crítica. A mediados de febrero de este año, cuando él tenía 56 años, se le diagnosticó un cáncer de pulmón. La enfermedad se le diagnosticó en la etapa de la enfermedad, cuando ya había avanzado bastante y se le había quitado la voz.

El diagnóstico médico le dio un plazo de vida de unos meses. Él, sin embargo, se negó a aceptar el diagnóstico y se dedicó a luchar contra la enfermedad.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

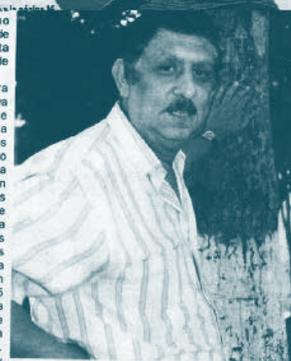
En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.

En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.



después de lo que debió enfrentar numerosas pérdidas. Vivieron en la finca de su tío, la cual abandonaron en una noche de borrachera, para salvarse de los bandoleros que cercaban el lugar. Se casó con una mujer que se convirtió en una gran amiga. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.



En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.



En ese momento, Rodrigo Silva estaba en la ciudad de Nueva York, donde se encontraba con su esposa y sus hijos. Él se dedicó a luchar contra la enfermedad y a recuperar la voz.



# Pásame un aguardiente que esto a palo seco no se puede...

*“Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos; yo soy enamorado (...) y, siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes”.*

*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la mancha*

**Por: Carlos Cazares<sup>1</sup>**

Estoy seguro de que no soy quien para escribir sobre una leyenda viva, por más que ésta vaya de boca en boca, habite en el habla, en los cuentos y en la música tarareada por mis abuelos y mis padres. Haré, de todas formas, el intento de ponerme al corriente y encontrar en esta ilusión cabalística de escribir, la profundidad del mito del hacedor de sueños que será protagonista de este relato.

---

<sup>1</sup>. Egresado del programa de Comunicación Social – Periodismo de la Universidad del Tolima

A uno se le mueven los intestinos, el buche (diría mi tía) y las entrañas cuando escucha los discos de Rodrigo Silva y de su eterno compañero, Álvaro Villalba. En este escrito daré rienda suelta a lo que me atrevo a denominar como “el retrato de un hombre que no conozco pero que ya habita en mi memoria: Rodrigo Silva Ramos”.

Vivir en estas tierras tolimenses no sólo significa aguantar calor o “chupar guaro”. Va más allá. Conlleva una tarea metafórica: conservar en nuestras venas la sangre del vaquero, del arrocero, de ese ser ambivalente que se disputa el campo



con un machete y la ciudad con un tiple. Esta labor camaleónica implica la inmersión del errante buscador de historias que con agitadas proclamas despliega dulzura.

Las huellas ilustres de caballeros andantes, como los evocados por Cervantes, están desapareciendo de nuestra tierra. Esos aventureros de acampada y de valientes contiendas, semejantes a Quijotes errantes por la Mancha, esos abuelos milenarios idealizados en los poemas de Jorge Robledo Ortíz, todos esos ancestros, corren el riesgo de desaparecer de nuestra memoria para siempre.

Rodrigo Silva Ramos, nuestro ilustre personaje, alabado por el universo enclavado en el tiempo, podría, en un futuro no lejano, convertirse en un extraño en

sus valles, un ser más que se ha soslayado a la lumbre, al viento. En el instante que le vi agarrar una guitarra y cantar *“Reclamo a Dios”*, pedí al universo que este hombre, una vez más, estuviera en la boca de todos aquellos quienes lo ovacionaron, y de los miles de jóvenes que hoy no saben que existe, ni conocen su música, de la misma manera que olvidaron la dulzura de una guabina o las melodías de una serenata cantando el amor debajo de una ventana.

Yo podría perfectamente ser su nieto, comparado con su estancia en esta tierra, o ser el chico de los domicilios en comparación con lo loable que ha sido su vida. Aun así, los momentos posteriores a conocerle me hicieron un contemporáneo más de sus canas, reencarné, viajé en el tiempo y en cuerpo ajeno a

través de sus historias, le vi cantar en un gigante parque de New York, con la misma dulzura que lo hiciera en una tarima fiestera del Espinal, en un teatro de algún país latinoamericano o bajo un balcón serenatero de una casa en cuya ventana había un letrero que decía “Se Arrienda” y donde, por supuesto, jamás se asomó la anhelada y fugitiva princesa.

Al igual que cualquier mortal que se estremece cuando conoce la pasión y la añoranza, así se estremeció mi cuerpo con cada acorde que desprendía su guitarra y cada nota que su voz hilvanaba; le veía enhiesto y excelso en un garbo señorial de caballero de la música. Al final de cada canción me devanaba los sesos tratando de comprenderlo, analizándole, observándole, mirando cuidadosamente como sostenía con una mano un “guaro”,

mientras le daba una calada a su cigarro, con una laboriosa habilidad que se obtiene sólo con la bohemia eterna del compositor, del poeta vagabundo.

Estos ires y venires continuaban dejando en claro lo que ya suponía -no soy quien para escribir sobre él- y sin embargo es mi deber como sujeto cautivo de la armonía, escribir sobre ese alguien que necesito que conozcan mis amigos y los que serán hijos de mis amigos.

El individuo que tenía en frente derrochaba gracia: cada canción, anécdota, chiste, escaramuza de eterno narrador e hilaridad andariega, no eran más que la condición de un ser humano que fue, y es, la piedra angular de la cultura regional, el estandarte de esa música que suena por los amplios corredores de las casonas





viejas, de las tabernas de bohemios locos y poetas de salón. La conversación estuvo llena de dichos populares que nunca había escuchado, verbos de antaño y palabras e historias que me fueron ajenas. Sentí que nunca habrá mayor sinceridad, y sé que no encontraré nada más parecido a la singularidad de un gigante, un hombre con proporciones de grandeza, que se aquieta entre sus perros y el paquete de Marlboro que adorna su mesa de centro.

*“Esta es la historia de un viejo capitán que un día zarpó hacia las playas de un lejano puerto y que la mar embravecida lo arrastró y se lo llevó...”*, la historia de un hombre que se adentró en las aguas de la música colombiana, en las corrientes de la composición poética de cuentos y anécdotas que en la noche se escuchan mejor; la altruista tarea de perderse en alcohol con la llegada de la luna, y renacer en la resaca de cada domingo en la mañana (aunque no lo crean, no hay nada más inquietante y estremecedor que verle recordar sus historias de amor con el guayabo del día siguiente).

Es así como este pequeño bosquejo periodístico y literario, es el intento por documentar ese viaje

por la senda del bambuco, por la voz del maestro; y dárselo a conocer a esos jóvenes que al igual que yo, no comprenden como un hombre con bigote y arrugas en su rostro, acumula con cada respiro la innegable historia de ser Tolimense. Rodrigo Silva: El hombre. Silva y Villalba: el dúo de superhéroes con la secreta labor de salvar a Colombia del olvido de su música, nuestra música, que pide a gritos mantenerse en el aire, ese que llena el ancho espacio y se cubre con nubes de nieve y de topacio. Mi sencilla tarea con este texto es la del aficionado al arte que vive de palabras, preguntas y del ¿Qué tal si...?

Un personaje insignia de tal magnitud que ha marcado a generaciones está perdiéndose en la memoria de quienes, con el pasar de los días, se van de esta banal tierra. Rodrigo Silva, Labrador del camino de la música del interior del país y embajador de la misma en el mundo, hoy se sienta a ver pasar la gente mientras toma un tinto cargado, fuma su Marlboro rojo y acaricia su guitarra. El gran Rodrigo Silva, acostumbrado a los gritos de la gente que coreaban sus composiciones, al coquetear de una mujer que en el balcón se regocija con su serenata. Esa quimera Hombre-

Guitarra ve pasar el tiempo y es testigo del olvido en que las nuevas generaciones han sumido nuestra música; generaciones que hoy encuentran deleite en ritmos foráneos adolecidos de alma, sonidos repetidos sin amor en su contenido y sin el Rh tolimense que hierve cuando escuchamos *Mi viejo Tolima*. A ustedes lectores que sintonizan su radio y son transportados a lugares recónditos de sonidos ajenos, les dedico este escrito con el fervoroso deseo de combatir la infamia del olvido y el acecho de la indiferencia de ver sucumbir nuestra música, esa que solo aparece marginal en las festividades sanjuaneras, esa que lo fue todo y corre el riesgo de convertirse en nada, esa que permitiría alzar la voz para gritarle al mundo que somos El Tolima.

La conclusión es contundente. Cuando le pregunté al maestro cuál era su mayor deseo, obtuve dos respuestas, la primera de ellas, salud, comprensión, estabilidad y amor para su actual esposa, y la segunda, un brillo de luna que ilumine la conciencia de los dueños de los medios de comunicación, de las disqueras y de los jóvenes. El maestro hace un llamado a recapacitar, a empeñarnos con terquedad en el amor por lo propio, por lo que sabe a sancocho de gallina a

la orilla del río, hoy que todavía quedan algunos tipos, que aún se cantan bambucos, hoy que todavía hay patios donde las gallinas corren sin comer concentrado, y quedan algunos hilos de agua en los ríos.

El maestro Silva no culpa a nadie y en efecto respeta todas las músicas, todos los ritmos, pero señala a los medios de comunicación, a la radio, a la televisión, de esparcir ritmos extranjeros, a las disqueras de pensar sólo en vender, y a los jóvenes de ingenuos por consumir lo que haya. Un terrible círculo vicioso, porque los jóvenes no desean escuchar lo que no han tenido la oportunidad de conocer, y las disqueras no graban lo que los jóvenes no compran y las emisoras no ponen lo que no se vende.

No se trata de expulsar de los medios y de nuestra realidad la música foránea; se trata de darle cabida a lo nuestro con orgullo de tierra, con sabor a patria, a finca, a sopa de la abuela, a silla mecedora en los atardeceres. Ya lo dijo un novelista ruso: “*Si quieres ser universal, habla de tu aldea*”. Si no se hace algo para remediar los síntomas de esta grave enfermedad del olvido que somos y seremos, la falta de un lugar donde escuchar lo propio, la







ausencia de alguien que te lo enseñe, nos seguirán obligando a consumir lo que a diario nos bombardea, mientras nuestros intentos de redescubrir la historia se quedan en pequeñas intentos que al alba desaparecen, que apenas balbucean.

El deseo ferviente de Rodrigo Silva es escuchar en las emisoras la música de los abuelos, ver a los colombianos llamando, pidiendo sus canciones y comprando en las disqueras un CD inédito de Silva y Villalba, y de todos aquellos que enaltecieron el nombre del Tolima, esos que hoy luchan contra el olvido, terrible cómplice de las grandes productoras y emisoras que se pelean por el éxito musical del momento.

No globalicemos solo la economía; globalicemos el amor por lo nuestro, globalicemos la idea de justicia, globalicemos la esperanza de los abuelos que murieron odiando las cadenas para que el canto de nuestros hijos no sea un amargo llanto que rece inevitable *“Cómo añoro y recuerdo al Viejo Tolima”*



## ¡Le trabajo a un famoso!

*Por: Dúver Sánchez*

La casa del Maestro Rodrigo Silva se abre de par en par para recibir un puñado de “periodistas” neófitos que todavía tartamudeamos al hacer nuestras preguntas con el deseo de desarrollar nuestra labor de la mejor manera posible. Los miedos de principiantes quedan atrás cuando uno se siente como en casa, y no es para menos: estábamos ante la calidad humana de Rodrigo Silva, un hombre sencillo, jocoso y que habla como si todos fuésemos viejos amigos.

Entre risas, canciones y uno que otro chiste, el ambiente se hacía más ameno. De pronto a nuestra disposición ponen una bandeja llena de pasa bocas que combinan el picante con el rico sabor

de una arepita. Quien los pasó fue una señora de cabello crespo, tez blanca y muy callada. Ella lucía muy amable y en su expresión se notaba su disposición de querer ayudar en lo que más pudiera, con tal de que todos nos sintiéramos bien atendidos. Con su timidez extiende sus manos para que nosotros degustemos lo preparado por ella y de inmediato se retira para no incomodar.

Con Rodrigo Silva hablamos a cerca de sus vivencias, anécdotas, discos grabados, premios, y nuevos proyectos; pero yo quería ir más allá y fui a mirar sus fotos en el cuarto de estudio, sus cuadros e imágenes colgadas en la pared que relataban los reconocimientos que ha logrado junto a su viejo amigo Álvaro Villalba al convertirse en iconos de la música colombiana. Estando yo de espalda me dicen “*él es muy amable, es buen patrón*”. Fue la primera descripción que escuché de María de los

---

<sup>1</sup>. *Estudiante de noveno semestre de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad del Tolima*

Ángeles Morales Téllez, la encargada del servicio en la casa de Rodrigo Silva, y de su esposa Carolina. Le digo que si me regala una entrevista, y ella me dice “¡Ay! no, qué pena, yo no soy importante,” y yo le contesto: “para el maestro Silva usted debe ser muy importante”, me dice: “yo estoy toda despelucada, mal arreglada, pero bueno...”

Duver Sánchez (D.S): ¿Cómo llegó a la casa Rodrigo Silva?

María Morales (M.M): Yo soy madre titular de Familias en Acción y le encargué un trabajito a la madre líder de la organización y ella me entrevistó con la Señora Luz Teresa y la Señora Marta, que son muy amigas de Don Rodrigo. Llegué a hablar con la señora Carolina porque en el momento no estaba él, hablé con ella y empecé a trabajar el 13 de febrero de este año, y en tan solo dos meses de trabajo le doy gracias a Dios porque me siento muy contenta.

D.S. ¿Al enterarse que iba a trabajar para Rodrigo Silva, como fue su reacción?

M.M: Lo había oído cantar pero no creí que yo iba a trabajar en la casa de él. En el primer momento

me asusté bastante porque es la primera vez que yo trabajo en la casa de un famoso, uno se siente nerviosa porque de pronto no le gusta algo. Uno lo escucha en la radio pero no lo conoce, al principio me sentía incómoda pero con ellos me la he llevado muy bien. En la casa, todo un caballero, mi consejero, estoy muy amañada.

D.S.: Don Rodrigo es una persona muy sociable y creo que en poco tiempo usted ha logrado conocer varias facetas que los demás no conocemos, por ejemplo ¿Qué le gusta comer a Rodrigo Silva?

M.M.: Le gustan mucho las cremas y la avena que le preparo con harina de trigo, los frijoles; de todo un poquito le gusta a él. El pescado...A veces me ayuda a cocinar, le gusta preparar el pescado y le encanta que siempre haya todo lo necesario para que le quede bien rico. Le gusta echarle un vistazo a la comida para quede muy bien.

D.S.: Sabemos que el Maestro Rodrigo Silva posee un muy buen humor ¿Con qué la ha hecho reír?

M.M.: Le digo cualquier cosa y a él le da risa, a veces me dice “¡Ay! María, llegó una nueva conquista!” y uno suelta la carcajada. Con la Señora Carolina



a veces son mamagallistas, tienen una forma de charlar muy chévere, me cuentan muchas historias. Además de hacerme reír, me dice que nunca debo rendirme pase lo que pase; pone de ejemplo cuando por circunstancias de la vida le diagnosticaron cáncer y le tuvieron que hacer una cirugía en la garganta, él me dice que llegó a pensar que se quedaría mudo, pero siempre pensó que

él haría música a como diese lugar. Él es una gran persona, inspira.

D.S.: ¿Cómo es trabajar para Rodrigo Silva?

M.M: Cuando llego, lo primero que hago es hacer tinto, él no me siente y me busca, y me dice: “*María ¿a qué hora llegó?*”, y yo le digo que “*ya regué*”

*las plantas, y barrí afuera*”, él me pregunta por el tinto y le contesto que fue lo primero que le hice. Su tinto para empezar el día es sagrado y le gusta que sea bajo de azúcar y espesito, muy espesito...

D.S.: ¿Cuál ha sido ese ingrediente que la ha hecho ser parte de la familia Silva?

M.M.: La atención, siempre intento que se sientan bien y, sobre todo, mi forma de ser. Le digo a Don Rodrigo “¿Ya va a almorzar? ¿Qué va a almorzar?” Estoy muy pendiente. Soy muy cuidadosa con las cosas de la casa, me toca limpiar los instrumentos, barrer en el estudio de grabación y, aún más, en el estudio donde él tiene sus premios y sus reconocimientos, me gusta mucho el cuadro que tiene, los discos de oro y platino que se ha ganado cantando.

D.S.: Los seres humanos tenemos nuestros caprichos ¿cuál es el capricho de Don Rodrigo?

M.M.: ¡jum! Que no les dé primero la comida a los animales. Primero están los animales que los demás. Él me dice “*Los perros no hablan, primero está la comida de ellos*”. A veces los dos preparamos la comida para los animales, a la gata, a los perros,

se les da una abundante comida diaria y por eso están bien gorditos.

D.S.: ¿Y ahora escucha música de Silva y Villalba?

M.M.: En la casa lo escucho cantando y a veces ponen videos; en el momento no tengo el CD de él porque se me dañó el DVD de mi casa (risas). A mis hijos les hablo acerca de la música que hace Don Rodrigo. La música de él no la habían escuchado antes pero les ha empezado a gustar. A veces ponen una grabadora en la cocina y yo lo escucho cantar sus discos. Me gustan varias canciones como la que dice “*ya se murió mi viejo*” y esa que dice “*¡Ay! que orgulloso me siento de haber nacido en mi pueblo*” y otras...

D.S.: ¿Qué es lo que más ha aprendido?

M.M.: Primero están los animales, antes no me gustaban los animales y ahora los adoro. En mi casa no permitía ni un animal, ahora los perros me gustan mucho y estoy pendiente de ellos. También aprendí a conocer instrumentos de otros países, hay unos muy raros pero que suenan bonito. Además sé que a esta casa viene gente muy importante, y se sientan a hablar y a pasar



un rato bien agradable, gente que sabe de poesía, música, al fin y al cabo personas muy estudiadas.

D.S.: ¿Cómo lo describe?

M.M.: Es un patrón “*Uno A*” el mejor patrón. Lo defino como un amo de casa, amante de los animales, respetuoso con su esposa y su hijo, decente conmigo, él va a pedir algo: ¡Ay! *María por aquí*, ¡Ay! *María por allá*. Todo un señor, un famoso, en el sentido de la palabra, muy humilde, en la casa es “*uno A*” Estoy muy agradecida por darme la oportunidad de trabajar en su casa.

Al finalizar ella me dice “*muchacho ¿sí quedo bien? Y sí no quedo bien perdóneme*”

María de los Ángeles me recuerda las personas a las que le canta el Maestro Rodrigo Silva, él le canta a la gente luchadora, a esa que se expresa con humildad, a la sencillez y a un país que a pesar de tantas angustias y calamidades, aún sueña que es posible construir un futuro mejor.



# Una fiesta para Rodrigo

*Carlos Pardo Viña<sup>1</sup>*

Rodrigo Silva apura un trago de aguardiente, sonrío y enciende uno de sus cigarrillos. Acaba de cantar una de Pedro Infante y los aplausos aún retumban en la sala. -Echémonos un bambuco- dice, mientras suelta su copa, deja el pucho y comienza a rasgar la guitarra que descansa sobre sus piernas. Todos escuchamos, en silencio, abrigados por su vitalidad desbocada y su voz acariciante. Rodrigo teje la noche con un punto de trago, dos cruzados de canciones, tres punteos de guitarra y una vuelta al ruedo de los amigos. Y entonces el cuento. Deja escapar una historia con la misma facilidad con la que ilumina una canción o una sonrisa. A su alrededor, todos parecemos niños asistiendo a un acto de magia en el que la palabra cantada y contada aparece como conejo emergiendo del

fondo de su sombrero de trovador, desde el fondo del corazón que desde hace mucho tiempo ingresó en los terrenos de la leyenda.

Sus ojos pequeños brillan. Su boca sonriente, casi abierta, enmarcada por su bigote cortado al estilo de los charros mejicanos, parece carcajear con cada historia mientras los que rodeamos la fiesta no paramos de reír. Acaba de llegar de Neiva. No recuerdo si había viajado con la disculpa de otro de los miles de homenajes que le hacen por estos días o si había decidido recorrer los pasos de su infancia, volviendo a la calle y a la casa que lo vieron nacer hace casi 70 años. No había tenido dificultades para encontrar su viejo barrio. Caminó los 36 pasos que separaban la esquina de su casa y por unos segundos quedó absorto viendo la placa

---

<sup>1</sup> *Escritor y periodista invitado al proyecto Vida de palabras*





que habían puesto al lado derecho de la puerta. Una placa que le recordó lo fugaz de la existencia, incluso para él, un hombre que ha estirado cada uno de los minutos de su vida adobándolos con aguardiente, amigos, bambucos y rancheras.

Y ahí estaba él. El gran cantor de la música andina colombiana, con sesenta y pico de años a cuestas, diez discos de oro, cinco de platinos y centenares de homenajes en todo el mundo, frente a una placa metálica que alguien puso en la casa donde había nacido. Se forran hebillas y botones, decía. Sonríó, miró los niños que jugaban a la pelota y a las tres señoras que hacían corrillo sin notar siquiera su presencia. Caminó los 36 pasos de vuelta a la esquina, volvió su mirada una vez más y de allí al hotel para preparar su regreso a Ibagué con la idea de no regresar nunca más. Los pasos estaban recogidos. No había nostalgia ni tristeza. Para un hombre que ha coleccionado durante 40 años aplausos y besos y abrazos y el

cariño de todos los colombianos de aquí o del exterior, la placa era perfecta para su repertorio inagotable de cuentos. Porque además de compositor y músico y embajador de la cultura colombiana, Rodrigo es un contador de historias, un hombre que le ha ganado mil veces la guerra a la muerte y que exprime cada día hasta sacarle la última gota de bienaventuranza.

Otro brindis. El aguardiente pasa. Otro cigarrillo. -El bucanero, el bucanero- grita la audiencia. Algunos aplauden con el solo anuncio. *“Esta es la historia de un viejo capitán que un día zarpó... hacia las playas de un lejano puerto”*. Sin rubores, todos nos atrevemos a entonar el coro. Nadie quiere que las horas pasen, pero la luz de la madrugada se acerca inexorable. -Que se detenga la noche- grita uno de los poetas. Todos ríen. Incluso Rodrigo que ya alista su frase de cierre: *“Dichosos ustedes que se van ... y a mí que me toca quedarme tirando”*.

La guitarra vuelve, triste, al estuche y todos caminamos hacia la salida embriagados de









amor, rancheras, poemas, bambucos y aguardiente. Al fondo, Silva nos mira con una sonrisa mientras enciende el último de sus cigarrillos. Ungido de leyenda y abrazado hasta el cansancio, Rodrigo se queda en silencio. No piensa en sus días de concierto alrededor del mundo, cuando en todas partes se rendían ante sus canciones. No piensa en las entrevistas, en las fotos, en los hoteles ni en los viajes. Su gloria no depende de sus recuerdos, sino de su corazón. En realidad, Silva se queda pensando en escribir otra canción, otra que todos entonemos en esas noches de tertulia que lo llenan todo. Otra canción para que lo quieran más sus amigos. No sabe que lo queremos cantando o en silencio. Que no hay mayor alegría que sabernos cerca de su alma tan real y tan maravillosa y que jamás dejaremos de intentar detener la noche porque tenemos la certeza de que con él, la vida jamás acaba.

# Índice de fotos

Rodrigo Silva celebrando con sus amigos.	6	Con su compañero Henry Faccini, integrante del primer dueto: Silva y Faccini.	26
Rodrigo Silva y el General Roso José Serrano, en el lanzamiento de “Abnegación”, canción que Rodrigo Silva compuso a la Policía Nacional de Colombia.	9	Silva y Villalba junto a Jesús David Quintana y empleados de la disquera celebrando el lanzamiento de uno de los trabajos discográficos del dueto.	29
Entrevista al maestro Rodrigo Silva por el equipo de trabajo del proyecto Vida de Palabras.	12	En la Serenata a Ibagué junto a Darío Garzón, del dueto Garzón y Collazos.	30
Departiendo con amigos en Gigante (Huila), su tierra natal.	15	Rodrigo Silva en su estudio de grabación.	33
Familia paterna encabezada por su abuelo Rafael Silva Cuélar, en la Hacienda Bellavista	16	Imagen del tercer disco de larga duración del dueto Silva y Villalba titulado “Paredes Viejas”.	34
En fiestas sanjuaneras con sus amigos Henry Faccini, Eduardo Ramírez y Juan Pablo Reyes.	18	Rodrigo Silva, el músico, compositor, poeta, el inmortal.	37
Familia de Rodrigo Silva integrada por Carmen Ramos (madre), Luis Silva Gamboa (padre) y sus hermanos Hernando, Soledad, Luis Humberto, Rocío, Fanny, Eduardo y Elvia.	22	En la Heladería El Dorado (El Espinal), lugar que vio nacer al dueto Silva y Villalba.	38
Carmen Ramos, madre de Rodrigo Silva, con uno de sus hijos en brazos.	24	Junto a su prima Gemma Silva en la Hacienda Manila.	41
Hernando Silva Ramos, el hijo primogénito de la familia Silva Ramos.	25	Silva y Villalba reciben la Cruz de la Policía de manos del Ministro de Defensa.	42
		El dueto Silva y Villalba en su primer concurso La Hora Philips 1968.	44

“Silva y Villalba” en concierto en el Flushing Meadow Corona Park de New York en 1991, cuando recibieron el premio “Mariscales de la Hispanidad”.	46	Presentación de Silva y Villalba durante la ceremonia de entrega de la Cruz de la Policía.	70
El dueto Silva y Villalba encabezando el desfile de las Fiestas de la Hispanidad por las principales vías de New York.	48	Primera aparición en televisión del dueto Silva y Villalba.	72
De visita por Vélez, Santander, el dueto Silva y Villalba se encuentra con su amigo, también músico y destacado compositor, Jorge Villamil.	49	En El Rincón de Silva y Villalba, cantina de Rodrigo Silva donde departen con Jorge Villamil, Cecilia de Villalba junto a su esposo Álvaro Villalba.	74
Concierto en el Teatro Patria.	53	Jimmy Salcedo, Rodrigo Silva, Álvaro Villalba, Eduardo Cavas, Bertha la secretaria de Philips, Joe Madrid y el presidente de la empresa, programando la grabación de un nuevo disco de Silva y Villalba.	77
Silva y Villalba junto al compositor Pedro J. Ramos.	55	El Show de las Estrellas de Jorge Barón, recibió en múltiples ocasiones al dueto Silva y Villalba.	79
En una cafetería con sus amigos Piedad y Johnny Rodríguez.	57	El Dueto Silva y Villalba recibe la Orden Cruz de Caballero otorgada por el Congreso de la República. En la foto los acompaña Humberto Gómez Gallo y Fabiola Morera.	80
Rodrigo Silva y Rafael Escalona.	60	Rodrigo Silva (parte inferior en el centro) en la fiesta de cumpleaños de una prima en el Club Social de Neiva.	83
Rodrigo Silva acompañado por Alberto Santofimio durante uno de los homenajes para el compositor.	65	Rodrigo Silva junto a su amigo el General Luis Ernesto Giliber, cuando éste recibió su Tercer Sol.	85
El Dueto Silva y Villalba en una de sus múltiples presentaciones. Además del tiple y la guitarra, el maestro Silva introdujo el bajo eléctrico en el formato del dueto.	66	Celebrando en “El Rincón de Silva y Villalba” el cumpleaños de uno de sus amigos.	86
Artículo de la revista Dinners comunicando la enfermedad de Rodrigo Silva, que podía dejarlo mudo.	67	Fiestas en Ibagué, acompaña al Dueto Silva y Villalba, Rafael Mora Vidal.	88
Artículo de prensa en el que se informa acerca de la enfermedad del maestro Rodrigo Silva, y afiche de eventos para recolectar fondos destinados a su intervención quirúrgica.	69		

